

EL ATAJO

Novela

Mery Yolanda Sánchez Bocanegra



Pontificia Universidad
JAVERIANA
Bogotá
Facultad de Ciencias Sociales



Segundo lugar del Premio Nacional de Novela corta
Pontificia Universidad Javeriana 2012
Reservados todos los derechos
© Pontificia Universidad Javeriana
© Mery Yolanda Sánchez Bocanegra

Primera edición: Bogotá, marzo del 2014
Número de ejemplares: 300
ISBN: 978-958-716-687-3
Impreso y hecho en Colombia
Printed and made in Colombia

Diseño de páginas interiores: El Peregrino Ediciones
Diseño de carátula: Sandra Restrepo
Diagramación: Isabel Sandoval
Corrección de estilo: Tania Intriago Niño
Impresión: Javegraf

Editorial Pontificia Universidad Javeriana
Carrera 7 núm. 37-25 oficina 1301
Teléfono: 2870691 ext. 4752
editorialpuj@javeriana.edu.co



Sánchez Bocanegra, Mery Yolanda

El atajo : novela / Mery Yolanda Sánchez Bocanegra. -- 1a ed. -- Bogotá : Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2014.

77 p. ; 24 cm.

ISBN: 978-958-716-687-3

1. NOVELA COLOMBIANA. 2. LITERATURA COLOMBIANA. 3. CONFLICTO ARMADO - COLOMBIA. I. Pontificia Universidad Javeriana. Facultad de Ciencias Sociales.

CDD C863 ed. 21

Catalogación en la publicación - Pontificia Universidad Javeriana.
Biblioteca Alfonso Borrero Cabal, S.J.

dff.

Marzo 10 / 2014

Muchas sombras pesan. La sangre tirada
en las calles habla y toma forma de país.
Las detonaciones que nadie escucha
siguen conmigo y, en el comedor, bocas
abiertas reciben el eco de la confusión.
Me tomo el derecho a tener memoria.

La pintura se acerca movida por una débil neblina. Pesa el lado derecho. Me pregunto por qué esta obra de arte, una mano abierta sobre pared, está en la alcaldía de Magüi-Payán. Las sábanas oprimen. Intento descubrir el espacio donde amanezco. Un timbre y logro salir. Estoy en Bogotá, en mi cama. Mis pocas razones se juntan con la ropa que me señala desde el piso. Trato de tomar el auricular. Mi esencia se ha desprendido del cuerpo. Debo reacomodarme para lograr un movimiento preciso. Primero las manos, las piernas y esto que cuelga es mi cabeza. Lo que está a mi lado es la mesa, que no alcanzo para responder el llamado. El sonido del teléfono se va lento, entro en un cajón de lluvias rojizas.

Me sumerjo, corro el telón, gritan en el interior. Tomo un ser en miniatura: denso, opaco, escurre su baba. Lo lanzo y mis dedos se doblan sin armazón. Sacudo el cabello que ronca en mi espalda. Manos ancianas con pecas intentan mi mejilla izquierda. Se pierden. Las busco.

El Charco, primer paso

Su aspecto es impecable. Se levanta, camina, mide cada paso en el doblez de sus rodillas. Inicia su ritual de lamentos apoyado en sus codos sobre la mesa. Levanta su cabeza en un esfuerzo por reflexionar acerca de lo que hablo. De ese discurso que me condena al litoral en una labor que a sus pobladores poco importa.

Voy a una tienda. Bebo tres botellas de agua y son un dineral. Primera advertencia: No encontrará agua potable.

La cafetería es atendida por una mujer con una extraña prótesis, tal vez construida por un herrero o un remontador de calzado. Su zapato ortopédico se apoya en una barra forrada con neumático. Algo quedó de la rodilla que lleva los pasos de la joven orgullosa de usar minifalda. Su seguridad me alegra.

Vuelvo con el hombre que ha perdido su cabello de tanto esperar sorpresas en un pueblo silenciado por la humedad y las constantes lluvias. Algún día, quizás altivo, perseguido, enamorado. Ahora atiende una biblioteca en recompensa por haber gritado un nombre en la última campaña política: Mire, eso de la lectura aquí no es posible, y pasa el peine por su cabeza. Valdría la pena intentarlo, convoquemos a una reunión. Invitemos al alcalde, los maestros, los estudiantes. Aquí solo vienen...

Irrumpen varios niños para buscar tareas de geografía, historia... Algunos adultos entran y prenden el televisor. Uno de ellos: ¡Hoy juega...!. Vuelva mañana, vaya al hotel que le dije, es seguro.

Las cuatro de la tarde. Tomo mi morral y ocupo un banco del parque. Están conmigo niños que insisten en preguntar si soy de la Cruz Roja o de alguna misión religiosa. Sonrío con una respuesta negativa. Soy una página en blanco.

La joven de la cafetería sale al andén. Se mueve al ritmo de las músicas que vienen de los cuatro brazos del parque. Toma un refresco. Deja el local sin visitantes y atraviesa el vacío. Tararea un vallenato, danza con su faldita estampada. Con ese delgado cuerpo, o lo poco que ha quedado de él, se me antoja marioneta. Me gusta su dignidad. Se goza su propia invalidez o es afortunada en la altivez que da la ingenuidad.

Señor, présteme un rastro, una huella, un segundo de equilibrio. Sí, señor, usted piensa como racista y cree que yo lo soy. Convéznase, soy de color pálido, mire mi rostro, es el amarillo del miedo, de la impotencia. Esa mezcla de cansancio y dolor molesta en mi carne y escarba en los huesos de la pierna derecha. Ese suplicio nunca se va a perdonar, siempre será un grito, un reclamo. Sí, usted, que mira con odio, deme la salida, no importa pasar por su laberinto, por sus torturas. Quiero seguir en mis dos pies; están agotados, nunca habían estado tanto tiempo entre botas pantaneras. Sí, las mismas que usan en la zona. En las noches no hacen ruido, pero se llevan los últimos gestos de los niños y arrastran historias que ni siquiera se pueden recordar. Sí, no se puede

nombrar nada, ni siquiera de parte de quién vengo. Sí, usted no tiene la culpa; yo tampoco. Vengo de parte del diablo, del ángel o quizás vengo de mi necesidad, de mi otra cara: la de servir. Yo no pedí venir a este lugar. Alguien me concedió esta sagrada ruta por otra verdad, esa que algunos creen ver cuando almuerzan y glorifican con un vino seco.

El dolor en la rodilla continúa. Sostenerme en la derecha es imposible. Algo delgado y risueño entra en mi oído izquierdo, juega a las cosquillas, zumba; su amargo baja hasta el estómago.

En la cama me encojo. Busco el vientre de mi madre. De una madre que no se asoma por ninguna parte. Me quiero otra vez gemen, detrás de esta claridad. Me armonizo y soy capaz de morderme el dedo gordo del pie. Sabe mal. Una multiplicidad de imágenes en mis ojos. Afuera hay música pero hoy estorba. Hay gritos de los que se embriagan para poder decir en voz alta su *Padre Nuestro*. Así practican su religión. Ulululan borrachos, quieren olvidar la realidad. Es mejor borrar, ignorar. Pensar en salidas es complicado. Y se estrellan botellas, se estrujan tetas y los culos de las mujeres se chocan contra las puertas, ceñidos por manos que buscan sexo en vírgenes negras.

Dos días del recorrido y la pierna insiste en enseñarme cómo poner una palabra seguida de otra en el puente de las sombras. Cuánto silencio se ha amontonado en mi cabello. Qué desazón al tacto con el barro que piso. Cómo decidir cuál de las trochas es la mejor, si estoy en el centro de una historia que desconozco.

Es inútil, pruebo con el funcionario una, dos y tres estrategias. La carne es dura y costosa. Preguntan quién soy y aplico el libreto. Cuando las miradas me persiguen, repito el pedido de siempre, un coco, por favor.

Soy las manecillas de un reloj que busca su eje para no quedar en el giro involuntario del aire. Camino en el tiempo del espanto. Tropiezo con saltimbanquis de tres piernas que levantan banderas. Algo vacila en mis ojos, fragmenta cuerpos que marchan con el pecho abierto. Sube

y baja el termómetro que mira inclemente. Dudo si soy yo quien se levanta. Salgo, murmuro incoherencias. Abro los brazos y ahora soy una cruz enclavada en la puerta. En el patio de atrás silban los niños muertos en la hora de la madre. Escupo una y mil veces hasta quedar sin saliva. Encuentro mi pasado restregándose en mi espalda. Ella aparece ojerosa como en otras épocas, se acomoda en mis axilas, en los más mínimos gestos de mi rostro. Trae en el movimiento de sus nalgas las canciones de infancia que no pude aprender. Aparece en los diarios. Sus dientes esperan las presas para su vientre. Las ansias se confabulan con el grito, pequeños pormenores en el contenido de lo pesado y amargo de una equivocación. Arrastra los niños y pronto regresará por mí. Ella está atenta; sé que en adelante será mi compañía más leal. Mientras tanto, una gata asustada espera que yo salte como su gato y vomite, que la corree por los tejados para divertirnos en el clímax del dolor. Firme, como las gatas, en tiernos gemidos que alzan los techos de las casas.

Sandra me propone la tutoría, ella no puede viajar. Me aturde la situación económica y acepto. Sí, abandonar una silueta en el techo de mi habitación que al intentar borrarla se acentuó más.

El último día del curso de inducción, ya iniciados los trámites contractuales, recibimos el listado de los municipios que debíamos atender.

Ángela dijo: ¿Sabe lo que le correspondió? Sí, el litoral de Nariño, bajó la cabeza. Allá hay guerrilla, paramilitares y malaria.

Ya no podía dar marcha atrás. Una mujer de ojos claros, que se apretaba los pantalones más arriba de su cintura para no perder el meridiano dijo: “No estamos muy seguros de la ruta, usted mire y nos cuenta”.

No había nada por revisar, eran las diez poblaciones con bibliotecas públicas en la costa del Pacífico nariñense. Por distantes entre sí, debía visitarlas en su totalidad. No tenía alternativa.

Escogí cuentos clásicos, imaginé los recorridos de *Alicia* para cruzar espejos de papel. Encontraría seguidores de *Pinocho* y *Capercita Roja*. No podía desalentarlos. Además, era preciso detener a *Mambrú*.

Busqué la vacuna contra la malaria y no la encontré. Fui a la primera dosis contra el tétano. Con el pinchazo que evitaría la fiebre amarilla, inicié el viaje.

El pulmón izquierdo se contrae y duele, en mi sexo punza una aguja caliente. Entra, rompe. El corazón se detiene con intervalos de dos minutos. Atravieso cortinas de fuego. En una habitación encuentro al señor A. La sangre sale de su boca y salpica mi ropa. Balancea su pierna derecha. Su izquierda llega hasta la rodilla. Es una verruga mal cosida, un labio enrevesado, mal maquillado. Allí se quedaron los rencores sin gritar, los besos sin dar. Su ombligo está lleno de hormigas,

caminan en fila, bajan y entran por su sexo. Pronto salen cabizbajas. Han dejado sus cargas donde la uretra duele y especula. Su espalda está quemada. Sus uñas fueron arrancadas. Con ellas se perdieron trozos de tierra. Las huellas ya no pertenecen a su documento de identidad. El señor A me señala la ventana y, mientras levanta la copa de mi desconcierto, hace un gesto para que salte. Alcanzo a medir la distancia hasta el pavimento y lo miro. Le suplico, le imploro. Ríe, se marcha. Al otro lado lo esperan. Se acostumbró a los verdugos, a llevar su dosis de dolor en una sonrisa.

Consuelo recomendó: Prepárese para ir a un viaje de alto montañismo. Lleve fósforos, linterna, ropa sintética, algo para los zancudos. Mejor dicho, hable con Elsa, ella tuvo que dormir inclusive en la carretera.

Compré mapas. Diseñé recorridos. Los municipios que aparecían en unos planos desaparecían en otros. Por error de una funcionaria, no se tuvo en cuenta la ruta que envió el bibliotecario de San Andrés de Tumaco. Viajé por el primer itinerario que entregué.

Cuando cambié el cheque de los viáticos, aumentaron las inquietudes. Durante veintidós días debía llevar conmigo el dinero en efectivo. Tal vez no encontraría cajeros automáticos ni sucursales de banco. Miré las cuatro esquinas de mi cuarto, conté las grietas de mis manos y solo un montón de hilos sueltos se desprendían de las telarañas. Una lista donde lo único con vida eran las pulgas que brincaban en el colchón.

Elsa me cita en una biblioteca mayor, mira mi indumentaria y aprueba mis botas para el camino. Había padecido un naufragio donde murieron once personas, las mismas que se habían burlado de ella por usar salvavidas. Recordaba que, mientras se hundía, sacaba a flote su contrato de trabajo. Antes de despedirnos, Elsa advierte: los naufragios se deben a los sobrecupos y a que la gente no usa salvavidas, hay mucha irresponsabilidad en este tipo de transporte, la gente es muy fresca.

Papá dice que uno termina la vida contando los mismos dos amigos. Que no hay muchos pasos por desandar. Sandra escribe noches en su cuaderno de juventud. Habla de literatura clásica y se empeña en la arquitectura urbana de sus planos, que nunca serán reconocidos porque traza los puentes con palabras colgantes. Consuelo envejece como empleada, en su cabeza tiene las cifras, producto de un marco lógico, sobre estadísticas de lectura en nuestro país, que solo ella entiende. Elsa, tranquila y pausada, continuará con el aumento del vidrio en sus anteojos mientras elabora informes oficiales. Ángela seguirá por la zona sur de Nariño con sus artesanías y su trabajo como tutora. Le gusta jugar a teatrera y sabe cambiar de nombre y oficios. Ordeno un cuarto de mi medio siglo en desventura para ubicarlas: ellas quedarán en sus asuntos. Cada una evolucionará según sus expectativas y pronto se olvidarán de mí. En adelante, soy el contrato 219 y para los registros de impuestos y seguridad social me conservaré número de ciudadanía. Ser vivo matriculado dentro del orden y el sistema.

La hora indicada. Su inicio o su fin. Salgo al aeropuerto. La noche aún no concluye y ya estoy en Palmira. Algo pesa, no logro darle nombre. Dos horas después, en Cali, en casa de una amiga. Dentro de mí, cientos de lobos asustados. Pasa el día en reencuentros inesperados. Unos ven mi viaje como un paseo, otros ofrecen los mejores deseos para la travesía. Al atardecer, en la altura de San Antonio, la ciudad abre sus lucecitas; nosotros, una botella de vino. Yo, en salto sin garrocha, ya había caído al centro del Mar Pacífico.

Al día siguiente, de nuevo en la terminal, rumbo al aeropuerto. En la mitad del recorrido, un retén. El interrogatorio de rigor. La tocadita, por si las moscas. Los ropajes revueltos y ellos se suben al campero y, gracias, ya pueden irse. Un paisaje oscuro. Caen gotas de lluvia y el colectivo se desliza raudo. De pronto, una sirena. Frente a nosotros una patrulla y, por favor, una requisa, y otra vez: Abran las maletas. Somos sospechosos por vacilantes, por perplejos en el abrir y cerrar de las valijas. Pasajeros que se aventuran cada uno en su tarea, algunos en la cuerda rota del destino.

¡Vaya con Dios, sea fuerte, firme! ¡Y no rompa la fila sin permiso! gritan las madres a los que van a defender la formación. La inquebrantable línea fija. Después recogen una medalla en una bolsa negra. No hay preguntas, solo una foto y, en el vestido, una pena que enorgullece. La rutina se repite en tres horas para gritar, siete para llorar y el tiempo de sobra para suplicar. En la mitad de la carne las bocas insisten en morder, en borrar memoria. La maquinaria aprieta tobillos, prolonga convulsiones hasta los abismos que cuida Dios y las madres mueren por segunda vez sus partos. No saben si obran a favor o en contra de su religión. La misma doctrina que les evita su sentido común.

Palmira

En la sala de espera algunos afrodescendientes van a Guapi, Cauca. Dos señores de caras duras: ¿Para dónde va?, ¿por qué va a la región? Dicen que hace poco salió el alcalde de El Charco en un servicio de aerotaxis. Primer error de la ruta: no era necesario entrar por el departamento del Cauca.

Al pasar los controles, una mujer de seguridad encuentra mi cámara: Tómeme una foto. Señorita, la cámara no tiene pilas. No sabía tomar fotos, la había comprado el día anterior y llevaba conmigo las instrucciones.

A bordo se nos informa de una revisión técnica. Quince minutos después, despegamos. El avión de veinticinco pasajeros produce el ruido de un tractor. Las miradas se encuentran en los vacíos. Extraños, cada cual, en su propia oración. Vamos en un pájaro pequeño. Practico algo que había escuchado años atrás: Los niños no tienen preocupaciones, por eso en los accidentes se salvan, sus cuerpos se acomodan al espacio que los recibe. Debía aferrarme a esta teoría como a una norma de vida. Relajarme no solo en los desplazamientos, sino en cualquier circunstancia. Me pego al asiento con la única luz de mis ojos: la esperanza que invento.

Guapi, aterrizaje sin contratiempo. A muchos los esperan. Otros hacen fila para ser espulgados. Siento un susurro de dudas en el viento que me toca. Algunos hombres están armados. En sus expresiones esconden algo, buscan el miedo de los recién llegados. El mundo empieza a ser una tela que se hunde en el fondo de una hoguera. Tomo un campero que va al puerto.

Varias personas hacen círculo a mi alrededor y de nuevo las preguntas, la mirada que intimida: Hoy no saldrá transporte para El Charco. Un joven muestra sus ojos de odio y no entiendo por qué. Voy a una tienda, pido desayuno. El joven se ubica al otro lado de la calle sin dejar de mirarme. Después entra, se sienta con un policía, hablan. Pago y le pregunto al muchacho si me puede ayudar con el morral. Me deja en el muelle y se aleja, en seguida se acomoda en un montículo de tierra, insiste en no perderme de sus ojos. Varios

hombres se organizan en contubernio. Mi pensamiento en la profundidad del agua. Reconozco a los hombres del interrogatorio en Palmira, ahora beben whisky y con tono áspero gritan que pronto viene el correo.

Más que objetos personales, mi equipaje son materiales para los encuentros con la comunidad. Catálogos pesados y sin póliza de seguro, para cuidar más que mi crema dental en baño ajeno. Llevo el contrapeso a la fatalidad, quizás un tanto de pan para el equilibrio.

Es mediodía. Se vislumbra una embarcación, los hombres ahora ríen y dicen que es el correo. Los de la parte alta: ¡Tiene que irse! Y les contesto que sí. Sí, es la lancha del correo. Su conductor baja, entrega unos paquetes y conversa en secreto con los hombres que siguen mi ruta desde el Valle del Cauca. Trato de negociar el valor del transporte. Con rabia, los del whisky en coro: ¡Súbase, váyase! Y sus gritos me lanzan a la lancha.

Hemos recorrido diez minutos y pasa el transporte público. No digo nada. En ese momento un rencor podría incomodar al lanchero. Disfruto la naturaleza. El señor, que ahora tiene mi vida en sus manos, va inquieto, rápido. Huele mi miedo.

Estamos en altamar. La lancha salta por el paso de las pirañas. Sus ocupantes, con trajes camuflados —muñecos articulados, pequeños—, reacomodan los cañones. Muerdo la prótesis; si no la llevara, mis dientes habrían caído. Este molesto pedazo de plástico no dejó escapar el miedo por mi boca.

A lo lejos, un pueblito. El lanchero dice que es Santa Bárbara Iscuandé. Por la ruta que vamos no podemos llegar a su puerto; está custodiado por los hombres Infantes de la Marina.

Primero nos miran, luego apuntan y se van contra nosotros. Las olas nos elevan, nos tiran de los vestidos. Adentro tomarán las coordenadas, guardarán en sus equipos de cómputo la copia de un rostro con las mandíbulas trabadas. Cierro los ojos y espero caer. No encuentro

mis pies en el piso de lata. El corazón se queda arriba, en la ola. No debo mirar atrás, pueden abrir la ventana de sus vientres y comernos. Cruzan por el otro lado. El lancharo es más rápido y por el momento no se escuchó una orden, ni una sirena. Solo husmean.

Con ansiedad atravieso El Charco. Cada paso es andar en agua caliente, saludo y nadie contesta. Sus rostros se mueven al compás de mis acciones. Hay viejos con torsos desnudos y vuelvo a papá. Y en las mujeres está mamá. Freno el pedal de su costura. Era un misterio que ella pudiera mover una rueda con sus pies para sacar los trajes que se lucían en celebraciones especiales. Un ligero dolor en la garganta. Nada se mueve y quienes caminan lo hacen con tal cansancio que es fácil medir su motricidad. Sí, es otra la velocidad, otro el sentido de la quietud.

Extrañé el vaso de agua, mi familia y mis amigos. Ese tinto al ser acogidos en el goce de una conversación.

Busco al alcalde. Aparece un señor grande cuidado por dos que llevan ametralladoras. Evitó recibirme en su despacho. Se mostró molesto por mi visita y exigió que las capacitaciones no fueran en San Andrés de Tumaco. Aclara que los municipios del litoral deben tener una atención especial e independiente. Miro a sus acompañantes y aparece un tic en mi ojo izquierdo. Jamás había tenido tan cerca personas armadas. Luego de la intervención del funcionario, quien sustentó de manera reiterada la pobreza de la zona, llamaron a sus amigos para conformar el comité de lectura.

Al encuentro llegó una monja que nadie vio ni escuchó. Estaba tan enredada con Dios que no entendió nada. Tomó nota y revisó mi presentación. Pedí otra reunión, con maestros, con jóvenes, pero fue imposible. Empezaba a vivir en permanentes actos fallidos.

El puerto se convierte en un patio para jugar. La embarcación se mueve y yo en su vaivén. Papá salta entre los peces muertos. Ahora se hunde, muestra las puntas de sus dedos. Flota su camisa aún con el cuello almidonado. Al otro lado, el señor A juega en el trapecio, ¡no! Alguien lo cuelga hasta sacarle la lengua.

Debía hacer un triángulo con base en El Charco para desplazarme a Santa Bárbara Iscuandé y La Tola. Aprendí que la logística para el transporte debía hacerse con mucha anticipación.

Hombres en las puertas de las tiendas agotan, en voz baja, las últimas historias. Consulto la salida de las lanchas y otra vez las interpelaciones. No, yo vengo... y devolver la página para revisar el texto preparado según la locación. Un nudo en mi cuello repite el sentido de mi presencia y amenaza con ahorcarme. Esa esquina difiere de los principios de diversidad y pluralidad, corta con su filo el doblez de mi pierna derecha.

Voy de un lado a otro en busca de salida. Nada. No responden y si lo hacen, contestan algo que no he preguntado. Concluía respuestas por su gestualidad. Esconden sus ojos de los míos. La desconfianza es el primer mandamiento. En varias oportunidades intenté sonreír. Quizás mi actitud se leía como un destello de terror.

Pocas veces se interactúa cuando se viaja. La sospecha es mutua. Conocí a un señor de Misión Médica quien, después de mis lamentos: no se preocupe por el salvavidas que le han robado, solo sirve para encontrar los cadáveres, si no se sabe nadar con el mar, no hay nada que hacer.

Me advirtió que tenía pinta de pertenecer a la guerrilla. ¿Por las botas? ¿Por el pantalón? ¿Por las gafas? ¿Por el cabello largo? No, porque en la guerrilla es que hay personas como usted, bueno, de su color.

El médico quiso seguir su parlamento, pero en ese instante se nos vino encima una lancha como si fuera perseguida. Quedamos enterrados en el monte para evitar el choque. Incidentes como este eran tan frecuentes que terminé por acostumbrarme.

El señor A leyó en una hoja que cayó en sus pies sobre alguien que viajó en una máquina y cruzó el miedo entre la realidad y la ficción. Que en adelante no tuvo preocupaciones porque sabía que cualquier día quedaría en el fondo, con una ostra en el fuego del agua o en la lectura de nuevas rutas por la jungla.

La provincia es de afrodescendientes y están a la derecha, de cara a algo entre río y mar, a manglares y esteros, a algo indefinido, no preciso. Están de cara a qué, no sé. Segunda advertencia: no preguntar.

Entregaron la ruta y nadie preguntó si tenía dieta de vegetales, si sabía nadar o padecía alguna alergia. No tuve oportunidad de hablar con mamá. Ella contestaba por los hombres asesinados en su puerta. Hacía varios días acudía, apoyada en sus ochenta y ocho años, a la fiscalía para responder la misma pregunta: ¿Señora, qué escuchó? Y se limitaba a repetir: Un pum, pum, pum, que terminó por volverse un ritornelo. Ya no cantaba tangos como en otras épocas. Ahora solo coreaba los golpes secos que le dejaban al otro lado de su cama.

Pedimos algún documento que nos acreditara como tutores, no fue posible. Se nos dijo que podía ser contraproducente decir que se iba de parte del Gobierno. La entidad sin ánimo de lucro tampoco expediría un carné. La mayoría entraríamos a Zona Roja. Alguien a manera de chiste pidió tres credenciales: una para la guerrilla, otra para los paramilitares y otra para los militares oficiales del Estado. Y la mujer que nos orientaba: ¿Cómo saber con quién se van a encontrar?

En el contrato de trabajo quedaba claro, éramos personas naturales y responderíamos como tal. Yo divagaba: ¿A quién le abriríamos la trocha? ¿Con quién nos encontraríamos? Los que intentamos cuestionar fuimos adjetivados como problemáticos.

El tiempo de mis desplazamientos solo permitía realizar reuniones de tres horas en cada municipio. Motivar, engolosinar con la lectura a una población abandonada, sitiada por asesinos y adoctrinada por diversas sectas; era la mentira más grande que llevaría conmigo durante veintiún días.

En los encuentros con la ministra de cultura solo se hacían exposiciones de los tutores que traían noticias de la guerrilla. Relatos del paramilitarismo no, eso ni pensarlo. Ella dijo alguna vez: En

Arauca la guerrilla nos quemó la biblioteca, allá ni siquiera pudimos llegar. Y su voz volvía a las canciones en Valledupar.

Se nos llamaba la atención por cuestionar asuntos operativos. Tuve que taparme la boca cuando, en una sesión de trabajo, la doctora del Gobierno manifestó: Para qué se hace un Diario de Lectura, eso se debe cambiar por un formato que el lector va llenando a medida que va leyendo. La misma entidad privada había sugerido la dinámica y quienes la acogimos tuvimos buenos resultados. Se potenciaban lectores funcionales que querían expresarse por medio de la palabra escrita, en ese acto de libertad con derecho propio.

Nuestra misión era hacer promoción de lectura en las bibliotecas públicas y montar grupos de apoyo. Nos contrataba FONADE, entidad estatal. Íbamos con viáticos de ciudad y, por lo menos en mi caso, llegué a pagar veinte mil pesos por un almuerzo en zonas con economía de coca. El costo de una botella de agua podía ser tres veces más alto que en otro lugar.

La sensación de ser marioneta ya la había conocido en el amor. El juego traía cosas sorprendentes. Aquí, el movimiento de las fichas era sistemático y planificado. Destrezas diseñadas por altas inteligencias, sin considerar el verdadero contexto social. La próxima jugada no se conoce. Como en el parque, se va camino a la cárcel, al destierro y no se sabe si se pueda salir. Si se sale, se desconoce quién abre la puerta y pone su precio. La resolución de saltar mientras se piensa y se dice en voz alta: un suicidio. Si fuera posible dormir hasta tarde para no pensar desde la mañana. Sí, dormir hasta el fondo de la inconsciencia y aprender del autismo la mejor manera para conservarse.

Depende de quién interroga hay que preparar el gesto, la sonrisa, el carácter y así mismo dar nombre a la institución que represento. Una puesta en escena flotante según las circunstancias. Se resiste para cumplir. Navego en el dolor de la selva.

Varias mujeres bajan de una canoa con motor, venden pomarrosas. Tiempo atrás, mi madre me había recomendado conseguirle unas. Las comí y ese sabor a casi nada cayó en mi estómago. La pulpa, un algodón gelatinoso, rodó, bajó, se descompuso en mí, adentro. Vi deslizarse los trozos hasta abrir su exquisito olor. Y ya no olía a miedo, era pomarrosa, madre. Ser desde la boca hasta los pies.

Insisto en preguntar por la salida de las lanchas para Santa Bárbara Iscuandé. Y... otra vez el discurso preparado, según quien indaga y acusa sin importar la verdad. Claro que no, yo vengo de... Dicen las mismas palabras de mi lenguaje pero a veces me confunden, cierta musicalidad en la dicción y el cambio de su significado desconciertan. No entiendo y no debo averiguar. Confirmar la hora o preguntar si es lunes o viernes 4 de junio, fecha de mi regreso a Bogotá, puede ser una señal equivocada.

Vuelvo al hotel. Una mujer gorda, que cuenta en sus pasos el tiempo de sobra, me ofrece un agua oscura, parece tinto. La bebo. Decisión para recordarla durante muchos días mientras vomitaba.

Y usted, ¿por qué es cruel, por qué humilla, ultraja y me quita el peso de mi cuerpo? Siga conmigo en el poco sueño que puedo tener. Estoy aquí con mi pequeña humanidad y esta vida que no quiero mía y no necesito. Me hundo en el estero, el mar salpica mi cara. Y usted aquí, en el infinito de selva y miedo. El cielo aprieta. Piso soledad, deshonra, indignidad. Usted me atropella desde la distancia. Aquí las atarrayas atrapan humanos que perdieron sus nombres y quedan sin

huella ni pasado. Por qué sigue conmigo si está allá con el poder. Aquí sí sé qué es poder. Un joven relató una fiesta: bailábamos, llegaron varios hombres armados y asesinaron a cuatro, entre esos un pariente, nosotros ayudamos a sacar los cuerpos. Al otro día, la Fiscalía me hizo poner la camisa de mi tío para saber por dónde habían entrado los disparos. No podemos decir nada, ya nos acostumbramos.

Por favor, suélteme, déjeme avanzar, no importa caer. Ayúdeme a saltar. Usted no es una esperanza, es otra de las aristas de mi país: la traición. No quiero ese dolor suyo, aquí hay mucho por reparar y yo quiero estar en ellos y por ellos. Estar, escucharlos, oírlos en el brillo de sus dientes ha sido un privilegio. Río con el homosexual que no quieren en el grupo de promotores, es inteligente y bueno. Me regala novenas de sus santos y dice que las lea por pura literatura. Quisiera recogerlo de esa esquina donde las autoridades de la moral lo han relegado. Queda en el grupo y le digo que lidere. Es un ser de primera como ellos. Los viejos se burlan y: ¿Qué vamos a hacer con la maricona esa que vende chance y que ahora es del grupo de lectura?

Las gentes hablan y miden el eco de las palabras. Nada fluye. Aguzar los sentidos es una carga. Indagar es ser descubierto en lo que no se es.

El barquero que nos lleva a Santa Bárbara Iscuandé también es un vendedor de chance. El viaje es lento. El hombre acerca la lancha a las casitas que, levantadas a la orilla, están dobladas por la pobreza. Grita los números premiados y desde el otro lado hacen la siguiente apuesta: ¡73-19!, dice el lanchero, y el hombre, como una sombra entre los matorrales, da las gracias, queda aplastado en un suspiro largo, su número no corresponde. Aunque el tiempo del recorrido es más largo, bueno es acompañar la llegada de la ilusión. Y ese escuchar sobre ganadores de boletas mojadas, de números extraviados, de juegos sin concluir donde fueron felices, abre las posibilidades del azar. Ese faro que a veces da luz. Supe de monjas que nunca pudieron cobrar los premios por aquello de sus compromisos celestiales. Estos juegos son el recorrido por un mapa de ilusiones.

Historias cantadas a los niños. Allí, en el territorio de infantes que olvidaron inclusive cómo se llora, cargan sus huesos y su hambre en la piel del llanto.

Estamos cerca a Santa Bárbara Iscuandé y de entre las malezas salen hombres con camuflado y armados, le piden al barquero la embarcación para ir por leña. Un joven de dos metros de alto, con el ojo izquierdo quieto, nos revisó. No había claridad sobre el grupo al que pertenecía. Bajó, saltó por encima de nosotros y tomó la lancha; luego nos dejó en la entrada del pueblo. Por un instante pensé que nos llevaría con él. Dudo que busquen madera. Mi imaginario toma tal disposición para la fatalidad que termino en un remolino de angustias.

¿Cómo identificar esa agresividad que rasga? ¿Cómo determinar la filosofía de cada hombre con traje de guerra? La muerte es la muerte, sin pausas para cambiar las estrellas o los fetiches. El fin, la nada. A veces se descubre un ícono que identifica al grupo. La ley de la mentira perturba, las insignias bien pueden ser del que ya eliminaron.

Arrullo entre mis piernas la cabeza. No quiero el dolor del pensamiento en el oído. No quiero los gritos de las mujeres abusadas por quince, veinte hombres y asesinadas por tercera vez. Las personas mueren cientos de veces. El corazón es lo último que se apaga. Los brazos quedan en posición de señalar, pero la pista se pierde. Los niños son puestos en vasijas plásticas para que vomiten luego de ser destrozados. En las casas, otros habitantes. Las tierras cambian de propietario. Los pastos ahora son palmas, aceite, lujuria de poder. Los ríos traen otro color. Ya no bajan cerdos, son humanos hinchados de olvido. Los gritos se juntan, se meten en el tímpano y en las carreteras bailan sombras que buscan alivio. Es imposible detener la hemorragia que empezó desde la primera requisa en Cali, secuencia del miedo en ascenso, del estómago al oído, del vacío a los pies. Huelo a ellos, a hedor de territorio nacional, a raza muerta. Algo se mueve debajo del ombligo. Lo siento, lo palpo y choca contra las paredes de mi escalofrío; solo descansa cuando

orino y sale una masa roja. Es algo que se empieza a morir por dentro, tal vez los últimos estertores del abandono.

Santa Bárbara Iscuandé, segundo paso

En esta población la gente es amable y las calles limpias.

El alcalde no está. El funcionario que debe atenderme habla con el comandante de policía. Espero junto a la puerta principal, frente a un parque. Encima de la alcaldía hay un puesto del orden. Enciendo un cigarrillo y un agente prepara su arma, llega otro y le dice que si van a almorzar, me mira y: Ahí está... Tal vez por torpeza le pregunto cómo se llama eso que le movió al fusil: Soltaba el seguro.

Abren la puerta de un cuarto oscuro, salen dos hombres. Uno joven con traje de particular sonrío. Hablan de goles como en Bogotá o en cualquier parte. De goles está lleno el mundo. El hombre alto es el de los pasos fuertes de derecha a derecha, tiene camuflado verde teniente y mira interrogante. El joven es el secretario de gobierno, voy con él a una oficina sin luz.

Pido ver la biblioteca. Dicen cualquier cosa, evitan una respuesta concreta. Busco almuerzo. Tengo ansiedad y devoro lo que me sirven. Veo varios empleados de la alcaldía, los mismos que después, con uniforme de albañil, están en actitud de pintar la construcción. Ellos, a ratos, ayudan en la restauración de la casa. Tomo fotos. Hay varios estudiantes, se ocupan de los decorados. La multiplicidad de acciones es una fábula puesta en arena movediza. No expreso mis inquietudes.

Damos comienzo a la organización de la reunión. Por favor, ayúdenme, que vengan estudiantes, maestros, madres comunitarias, personas a quienes les guste la lectura. Decidimos encontrarnos en la iglesia. El sacerdote es receptivo. Un llamado por los altoparlantes. Alguien grita en las calles y otro toca en las puertas con la información.

Entre tanto, desciende un helicóptero oficial. Quedan desocupadas las instituciones educativas. Se alista un pelotón. Una mujer

pregunta quién soy y otra vez la página tres del libreto. Es una profesora, le expongo el motivo de mi visita y ella: Sí, soy maestra, la escuela quedó sola porque los estudiantes salen a despedir a los soldados y a recibir a los que llegan. Es un suceso de no perderse. La maestra habla y habla. A los niños y adolescentes les gusta ser partícipes del evento, aunque sea el momento en que el ratoncito Pérez devuelve el queso robado. Aunque esté servido el mejor dulce. Es un espectáculo el desfile militar. El helicóptero aterriza muy cerca. Su fuerza mece mi cuerpo.

Algo se desprende de mí y cae entre la polvareda. Queda una llama, pica. El signo de lo que fue. Cientos de murciélagos en el cielo, en vuelo rápido, se funden con los nubarrones. Una rata dicta las sentencias por cumplir. Las ramas de los árboles también son avasalladas. Un tajo de su corteza entra a mi boca que, expuesta al sol y al silencio, es un barrote más.

Marchan los militares salientes. Marchan los que llegan. Las gentes los miran. Hay entusiasmo y algunas jovencitas lloran.

Vuelven los estudiantes a sus pupitres, invito a la maestra al encuentro. Y ella: Sí, yo quisiera estar, yo sí leo, pero no me permitirán hacer parte del comité. Le hablo de la importancia de su presencia y de llevar a otros colegas.

Cincuenta y dos personas atienden el llamado. La iglesia da cierta tranquilidad en la armonía de las estatuas. La mayoría de los asistentes son hombres y algunas madres comunitarias. Estas últimas se retiran al saber que no hay pago por incentivar a la lectura.

Debo repetir varias veces mi exposición porque dicen no entender. Entonces la personera se ofrece como traductora. Y los participantes le hacen decir y decir, y ella, concedora de la paciencia, les lleva la idea. Con la interpretación de esta mujer logro concretar mi intervención. Al unísono insisten en lo del pago. Hablamos de la función social, del trabajo por la comunidad y empiezan los reclamos. Que el Estado los tiene abandonados. Que la UNESCO hace

un manifiesto sin conocer sus necesidades, que por qué no mandan una persona del departamento de Nariño. De manera abrupta, la reunión se vuelve un coro de reclamos. Descargan en mí su resentimiento que termina por cerrar mi oído izquierdo.

Digiero los gritos con agua. Ese grito es la lectura en voz alta del tóxico que prepara mi estómago. La personera insiste en que voy con una tarea precisa y pienso que sí. Allí necesitan milagros y de eso no sé nada. También llevo mi carga. Ellos no saben de las partituras que hacen desconocidos en mi territorio. No les interesa saber de otras realidades. Arrojan sobre mí lo que nadie les quiere escuchar.

Se decide trabajar en grupos. Salgo por agua y al atravesar la iglesia veo agentes de policía firmes al lado de los santos. Arrastro mis pasos, en silencio, como sacan a los muertos de esos lugares. Uno de los oficiales dice que mi labor es inútil si no se les ofrece dinero. No les interesa eso de la lectura. Se ve que no es de la región. Parece descontento. Reviso la página uno del libreto: sonreír.

Vuelvo a la iglesia, llevo suficiente agua y me apoyo en su representante. Me veo en las Marías de yeso que empiezan a sudar. El sacerdote, incómodo, ve todo muy difícil, nadie trabajará si no se le paga. Él sí quiere ser promotor y además se siente orgulloso de dirigir los grupos de danza y música folclórica.

Como no logran ponerse de acuerdo, hacemos un receso. De pronto, encuentro una pintura, *Las Ánimas*, qué maravilla en medio de tanta incertidumbre. Viene hacia mí el secretario de gobierno, dice que es la cuarta parte del original, que las tres primeras están en España. Ante mi alegría: Anteriormente los ecuatorianos tenían sus fincas aquí, donde hoy es Santa Bárbara Iscuandé y guardaban las obras de arte que compraban en España. El sacerdote cuenta de los muchos intentos por robarse la obra. El pueblo la cuida, saben de su valor. Pido permiso para una foto. No es un blanco y negro. No, es lo único bello en la región, *Las Ánimas*, y original, según los pobladores. El purgatorio en la promoción de lectura. Al llegar a Santa Bárbara Iscuandé supe que debía descontar un escalón antes del paso al infierno.

Alguna vez el señor A llegó con las ánimas. La más alta era hermosa. Bailaba y lo llevaba al suburbio del horror. Supe de su tufo porque él traía la noche con almizcle de Diablo. Lo veía feliz. Un día sufriría. Sin embargo, lo cuidó por mucho tiempo. Le enseñó la ciudad de la oscuridad. Le dejó probar sus pechos. Le dio su leche y se le metió en su stirpe. El señor A empezó a ser el dios de las tempestades y cuando no la podía tener, buscaba otras. Ellas lo descuartizaban y yo tenía que remendarlo. Un día el ánima, que movía su cuerpo como un ave de las tinieblas, desapareció y con ella se llevó su calma, de paso, la mía también. El señor A todavía la recuerda y la ama. Se acomoda feto, escupe y maldice. Dice que un día mi país será una llanura llena de ánimas, porque ella se pasará desnuda con su sexo hambriento y será la reina por siempre, con cientos de princesas de tres ojos a su servicio. La espera en la entrada de la península de la Guajira. Ella se reproduce desde el sur donde cantan los niños ciegos. La percibo entre nosotros por el vaso que deja con el ruido que cambia de lugar los objetos.

El secretario habla de sus sueños. Una pausa del malestar en el oído, un olvido del zumbir en la cabeza.

En Santa Bárbara Iscuandé se guardaban obras de arte. Ahora qué se esconde entre la maleza, qué deshonra a las vírgenes de la región. Quiénes son estos personajes. ¿También tendrán libreto como yo?

Tengo vértigo, la maestra habla y su cabeza da vueltas frente a la mía. Soy un péndulo. Debajo de mis pies hay hielo. Su ideología va en contra de la politiquería. Se identifica con el sacerdote, pero él tampoco quiere sentarse a su lado. Veo que es señalada y no sé si tendré razón en lo que contextualizo. En la reunión la evitan como si tuviera gripa. No quieren que haga parte del grupo de amigos de la biblioteca. Como no quieren trabajar porque no se les paga, la maestra queda en el grupo por filtro natural de los acontecimientos.

Escogemos las lecturas, el sacerdote pide que sean textos con un mensaje humanístico. La mayoría pide libros de autosuperación, una constante en los diez municipios que visité.

Con el sacerdote hacemos la lista de los libros. Detrás del altar, tinto y galletas. En sus ojos veo su tristeza por mí. Me muestra los instrumentos de percusión y habla de sus actividades. Sus manos están atentas a las golosinas, hace que yo coma y deguste el dulce sabor del bien.

En el recorrido de regreso a El Charco, los que aún no han jugado al chance esperan en las orillas, ya tienen sus números y los dictan a nuestro paso. En la atmósfera queda la expectativa. El paliativo del acaso. El lanchero llena la boleta y recibe el pago. Se escucha el ruido de la selva, algo extraño que nunca se define. En el centro de la tierra una queja está por reventar. La lluvia sobre nuestros cuerpos es la única música que nos permite el río.

Extraño ese Que le vaya bien, suerte que alguien nos da. Vuelvo al cuarto a revisar el libreto. Veo mis manos, no reciben, tampoco pueden sudar. Y el ejercicio de siempre revientese pero esconda el miedo. Tiemple las articulaciones para evitar que la adrenalina golpee contra el rostro.

Mis ojos están a oscuras. Quiero pensarme en el rostro del sacerdote de Santa Bárbara Iscuandé. Estoy en Bogotá. Espanto cucarachas que se amontonan encima de mí en busca de calor. Intento recuperar mi pasado. No tengo ni la más mínima idea de mi nombre ni de la orquídea negra que nace en mis pies. El pulgar de mi derecha empieza a crecer y ya no cabe en la boca. Hay cuadernos tirados con palabras borrosas. Se retiene en mi vejiga un líquido pastoso. Hay noticias regadas debajo de la cama. De un rostro desconocido salta un diente sobre insectos amarillos. Hay partículas de cuerpos sin clasificar, se levantan del piso y chocan con los recuadros de la pared. Una foto cae al suelo y veo los ojos de una niña que me espera en la Calle de Mamá. Recojo el rostro y lo guardo. Estoy de pie, me sostiene la mirada del señor A, su ojo derecho está tapado de sangre. Sus ropas están mojadas. Abrazo los finos pedazos de su aliento. Está a punto de doblarse. No tengo fuerzas. Los dos caemos en un solo de llanto. Mi ojo derecho duerme entreabierto.

De vuelta a El Charco. Busco cocos, café y agua. Voy a casa del bibliotecario, está ocupado, ve televisión. Su esposa, una profesora, se interesa en el programa y conversamos. Tiene buenas intenciones y dice que quizás sus compañeros ayuden.

Mi segunda noche en El Charco y aún no deciden quiénes van a conformar el grupo.

Asomos en el muelle. Hay dificultades para viajar. Un comerciante me propone ir con él. No tengo alternativa y acepto. Cuando vi la canoa llena de madera y supe que debía subirme sobre tablas rojas de sol, decidí que no. Los reclamos no se hicieron esperar. Trataron de obligarme. Dicen del miedo y los malos tiempos en los esteros. Se enciende el motor y la canoa arranca. Su silueta ahora es pequeña y en mis manos queda la última sílaba de un agravio.

Se acerca una lancha del puesto de salud de La Tola, transporta a la esposa del alcalde; ahora les llaman primera dama. Aunque insistí, el lanchero se negó a llevarme. Busqué mi norte en la piel pálida que para ellos significa ser blanco. Un ligero mareo. Pasados tres minutos entre la inconsciencia y el asombro advertí que me habían robado. Quise reclamar pero un hombre alto, corpulento, y una mujer, negros los dos, se alistaron: él levantó su camisa para mostrarme lo que tenía debajo del cinturón, ella amarró en su mano un trapo con olor a pescado, mientras se acomodaba desafiante con sus ojos puestos en los míos. En el centro de la pupila derecha sentí entrar y salir algo viscoso. Me reconocí como una mosca sin alas y aplastada.

Las seis de la mañana, sin víveres y sin chaleco salvavidas.

Voy donde el bibliotecario y le cuento mi situación. Y él: Ah, le robaron. Por aquí no hay salvavidas, eso no lo usamos... para qué.

Ruido a mi alrededor. Mi equipaje no ha perdido peso pero se ha disminuido. Trato de sacar los juguetes de la infancia.

La lluvia es lo único cierto. Debo conservar la calma y sacar el cuchillo que punza en la espalda. Pienso en el concepto de justicia y ya no la quiero. No, adentro se abrió el mal en la misma fisura. No queda más que seguir. Y ese obligarse a permanecer empieza a tropezar con la pierna derecha. Avanzan los buitres en el estómago. Rompen la cordura. El señor A viene montado en un perro negro. Los dos están derrenegados, maltrechos. Pasan por mi lado. Intento recuperar la liviandad.

La Tola, tercer paso

Se repite el desembarco. Varios niños reclaman mi morral. La biblioteca está cerrada. Voy a la alcaldía, buscan a la encargada. Aparece la primera dama. La bibliotecaria se levanta y la tierra se mueve, mide 1.90, es gruesa. Me intimida. Es joven, inteligente y lee desde niña. Es bulliciosa, da dos pasos y los cuadros de las paredes se inclinan. Las palabras le salen a bocanadas. Dice cómo son las incursiones de la guerrilla. Se lo goza. Que los habitantes de arriba corren hacia abajo y los de abajo, hacia arriba. Eso la divierte. Busco alimento y solo hay cerdo. No, gracias, entonces unos patacones, yo tengo agua.

Intentamos organizar el grupo. En la ventana aparece el alcalde y dice que su esposa no puede hacer parte del comité porque ellos no van a San Andrés de Tumaco. Asegura que allá están los paras y son sus enemigos. Dice no tener dinero para mandar a alguien a las capacitaciones. Que le diga a la ministra de cultura que tatatá, tatatá, y ¡ya, por favor!

El calor es terrible. Transpiro daño, pena, tristeza. La bibliotecaria habla de sus destrezas en la implementación de cine, lecturas, cartas. Le creo, tomo nota y escribo para mi informe. Ha investigado sobre las tradiciones de su tierra. La motivo a que escriba, a que recupere la memoria de su territorio.

La mujer ríe y cuenta relatos, me impresiono: El niño estaba desenterrando cangrejos y cuando levantó los ojos se encontró frente a varios hombres armados. Le dijeron con señas que pasito, que silencio, pero él sintió tanto pánico que se lanzó al agua. Del otro

lado empezó el tiroteo y los que descubrieron al niño respondieron. En la mitad de la balacera, el niño cada treinta segundos salía a flote para tomar aire. Y la mujer rió tanto que no tuve oportunidad de preguntarle por la suerte del niño.

Al caer la tarde, la bibliotecaria dice que no hay transporte. Voy a Bocas de Satinga Olaya Herrera. Minutos más tarde me entero que el registrador viaja a la misma población. Recojo la ropa que había colgado en la cuerda floja de la mujer. Las prendas siguen húmedas como yo. Los callos se caen sin necesidad de medicamento.

Nos despedimos con gratitud, sentía satisfacción, fue bueno haberla conocido.

Me embarco con el registrador en una canoa con motor. Tomo asiento en una banquita y estoy de espaldas a él. Le pregunto si puedo voltearme, si dialogáramos sería mejor: Sí, yo soy muy miedoso, no sé nadar. Lleva la unidad de un computador. Por su conversación entiendo que no era seguro dejarla. Nos acomodamos. Del otro lado nos hacen una señal. Es una orden y la da un militar con un radioteléfono en la mano. El barquero gira y otra vez al punto de partida. Mi compañero de viaje: Es por usted.

El lancharo se baja, el registrador y yo estamos colgados de un halo inconcluso, quietos. Hay que esperar. De pronto aparece la bibliotecaria: El alcalde dice que usted no se puede ir. Ya avisé de mi llegada a Bocas de Satinga Olaya Herrera, debo correr para alcanzar a visitar todos los municipios de mi ruta. La mujer se va. Media hora de espera y el barquero, que cumple disposiciones legales, aprovecha para sacar el agua de la canoa.

Vuelve la bibliotecaria: El alcalde, que le firme esta carta. Leo un oficio dirigido a mí, firmarlo me responsabiliza que ellos no asistan a la capacitación en San Andrés de Tumaco. Le pido se cambie la correspondencia, que con gusto llevo el mensaje al Ministerio y les mando el radicado.

Otra media hora y el tiempo se detiene en las pausas de las gentes.

Treinta y cinco minutos más y llega la carta que nos permite continuar el viaje. El registrador y yo en igualdad de condiciones. El hombre había aceptado el trabajo por desesperación. Iba a reunirse con un colega en Bocas de Satinga Olaya Herrera y después seguiría a un curso en Bogotá, lo que le permitiría visitar a su familia en Pasto. Le pregunto si siempre va con parte del computador y dice que sí. Se había acostumbrado a otra carga más. Parecía bueno, sincero y resignado. En ese instante lo veía como mi única familia, donde el cielo estaba en lo alto y la profundidad del agua muy cerca.

Los tiburones no están en el río. Han quedado en las orillas. Cuidan el paso de las personas. Apagan las arengas de los inconfesos. Bajan de las montañas con el viento que despunta los árboles. Cuidan los cementerios para que los muertos no hablen. Guardan paquetes donde hubo que reacomodar a algunos. Sus almas están embalsamadas. Pasarán muchos años para olvidar. O tal vez nunca se olvide. Es la marca de los hijos por nacer.

Bocas de Satinga Olaya Herrera, cuarto paso

En la alcaldía está la Registraduría y otras oficinas del Gobierno.

Discreto, el amigo de viaje está pendiente de mí. Se acerca a la oficina y observa. El secretario de gobierno es cordial y me argumenta las muchas dificultades que afronta la municipalidad. Dice que el alcalde está amenazado, razón por la cual se encuentra en Cali.

Pregunto por el componente de la biblioteca. Responden que está en una bodega en Pasto porque en el municipio no había espacio. Pido que me pongan en contacto con el alcalde. En seguida tengo una voz fuerte al otro lado del aparato. Llegan varias personas a escuchar la conversación, piden ejercer presión para recuperar los libros. La comunicación es rota por el grito de los que allí se congregan. Logro un acuerdo con el señor en la distancia, momento que se convierte en una fiesta. Hay risas, quejas y aleluyas. Es como si todo se volviera música para bailar.

Al terminar mi sustentación, el secretario me precisa que la reunión se debe hacer enseguida, pues al día siguiente tienen un paseo. Además, me advierte que debo tener cuidado porque continúan los enfrentamientos.

No existe ninguna seguridad, se está a la suerte de las olas o del viento.

En la tertulia, estudiantes, profesores y funcionarios de la alcaldía. Nos acompaña el jefe de planeación y algunas secretarías que tratan de distensionarse de los preparativos del paseo. Veintiún personas. Resolví que trataran de recordar qué libros tenían en sus casas. Resultado: las obras completas de Manuel Zapata Olivella y Gabriel García Márquez. Empezaríamos con esos libros. Con regocijo, algunos aceptan ser dinamizadores. Cuando nos despedimos tuve la sensación de haber logrado un buen ejercicio. Conmigo, un

señor acompañándome al hotel, al restaurante. Siempre alguien que sabe más del terror.

Escucho un reloj con sus segundos de recorridos siniestros. Aprendo a leer en el espíritu de las calles, en la razón del pavimento. La atmósfera es densa, pesada. Busco una linterna para calentar el oído. Es preciso que salga lo que almaceno. Las gentes no corren. No tienen prisa, tampoco quieren socializar. Tengo claridad de saber que estoy en una acción de bien y controlo el desasosiego. Me avergüenzo cuando un señor cuida de mí y se sienta a mi lado para que coma con tranquilidad. La agresión directa no llega porque nunca la espero. El miedo corre por las aceras, se detiene en las puertas de las casas y a veces vacila en el aire. Vuelvo al oído y espero su explosión. ¿Y si no estuviera tapado sino roto? Sería mejor. Necesito su estallido antes que el de mi estómago.

Una posada con varios cuartos. Al otro lado, hombres preparan sus armas, beben y leen nombres en voz alta. Rien, cuentan y dicen lugares, horas. La confusión me produce ganas de orinar, no quiero salir, lo hago en el piso. No deben saber de mi insomnio.

Las cinco de la mañana, no he cerrado los ojos. Voy al baño, recojo agua con un pedazo de vasija. Quiero sacar algo de mi cabeza. Afuera corren, gritan las detonaciones del río. Alegan que deje agua para los siguientes, que salga rápido. Y ya estoy afuera. Me apresuro a vestirme. Nunca el espanto había llegado hasta mi desnudez. Me siento frágil. Si tuviera un arma terminaría por ponérmela en la boca.

Asumí el viaje con la convicción de ganar un gran porcentaje por cuenta del servicio humanitario, pero me vestí con una realidad que no se podía contar en primera persona.

Pienso en la malaria. Los mosquitos me miran y cierran el paso. No hay toldillo. Este pica y el otro lacera. La sombra del eco en la disputa de la loza cae sobre el piso y salta en mi pie. Después de varios ensayos el ventilador no funciona. Y... un zancudo en mis anteojos. Alcanzo

a ver sus ojos y sus ganas, pica mi nariz y lo tiro. Me encarnizo con él y mi mano se rompe contra la pared. Mejor no haberse puesto la vacuna contra la malaria y no haber sabido a tiempo que la tenían en la Universidad del Valle. Qué importa si muero, seguro no encuentran mi cuerpo. Pesaría demasiado en una lancha. Me tirarían al estómago de una ballena y mis vísceras servirían de postre. Ahora mi madre aparece y me castiga con la cuerda de rezar el rosario. Mi oído sangra hacia dentro y la malaria se aproxima al culo. A Dios se le dio por montarse encima de mí, dice que salte y juegue dos caballitos de dos en dos. Alguien vela mis ropas, otros me almuerzan con los dientes de la ley. El roce y el corre y corre al otro lado de la puerta se filtran por la razón en una noche espesa.

Tuve que salir del hotel en medio de la oscuridad. El joven que me acompañaría nunca llegó. Las cinco y media de la mañana. Compró mi boleto para Mosquera. Pasó un barco, me pareció un crucero, iba tranquilo, lento, para Buenaventura. En otra embarcación, los del paseo van felices.

Ahora, en la lancha, mis dos ataúdes de frente al mar. Sí, mis dos vidas que resumen las tantas otras que no alcancé a descifrar.

Primero la carga, luego nosotros. Esta vez nos ponen chaleco. Cierro los ojos. Llueve. Quedo en el abandono, en las destrezas de los marineros. Vamos amontonados con equipajes, humedades y tufos.

Sigue conmigo la sensación de desarraigo. Llueve y nos cubren con plásticos negros. Los pájaros metálicos nos miran desde arriba, nos pensarán mercancía o nos creerán muertos. No, ellos saben cuántos somos y cuáles son nuestros destinos. Desde su altura nos cuentan, nos señalan, nos investigan, nos persiguen. En sus picos saben si representamos o no peligro.

Mosquera, quinto paso

Los niños con la mugre pegada a su nombre no se diferencian del color del agua. Brincan sobre la lancha para ayudar con los equipajes.

El alcalde no está y me recibe el secretario, con quien vamos a la biblioteca. Es una construcción donada por el gobierno japonés. El joven encargado organiza los libros porque le dijeron que llegaría una visita de Bogotá. Un anciano albañil ayuda con la estantería, por sus encías cubiertas de tiempo y pobreza se filtra la alegría. El bibliotecario es un egresado de Contaduría que intenta ordenar las obras por colores, por tamaño. Le ayudo a resolver la situación.

Voy al hotel, pero no logro descansar. El oído está a punto de reventar. En el hospital dicen que no hay dispensario del Seguro Social y, por tanto, debo pagar la consulta, que en el momento no hay médico. Claro, señorita, no hay problema, yo pago. No reclamo pero me acomodo en una silla que está en un lugar visible. Sale una enfermera y me dice que pase, que me va a atender una doctora y ella, muy diligente: Por aquí no hay drogas que le quiten esa infección, venga más tarde a ver qué se puede hacer. Insisto en que ya es más tarde, que por favor me atienda. La médica me revisa y extiende una fórmula: En aquella tienda le venden lo único que consigue por aquí, ampicilina, para qué le formulo algo más si no lo va a conseguir, por eso debe llegar pronto a Tumaco.

Comienzo a tomar las pastillas sin ningún control. El cuerpo duerme y percibo apenas lo necesario. Es la única manera de seguir con vida, ausentándome de la realidad.

Niños como radiografías juegan en el parque. Se define la reunión. El meridiano cero es un lapso sobre mi espalda.

En la biblioteca hay cincuenta y seis personas y festejo. Como en otros municipios conforman el comité con sentido de colores políticos, insisto en que algunos profesores hagan parte del grupo. Hablamos del programa. Me comunico con Bogotá. La funcionaria, al otro lado, dice que cómo así, que dónde estoy. ¿Será que no estoy o no soy? Hay desconcierto y en cuestión de segundos se aclara. Esa es mi salida. Por un instante siento la caricia de la ciudad.

Las gentes miran con desconfianza. En el pueblo hay un permanente aleluya que se mezcla con las bombas en el río. Un concierto

que se graba en las raíces de la selva. Un oboe de dos segmentos en mi oído y sus razones enfermas.

Es sábado. En la noche, un refresco con el secretario de gobierno y el bibliotecario. Dicen que son gentes tranquilas con deseos de progresar. El hotel está frente al cuartel de policía. De pronto un tiroteo. El secretario le dice a un niño que está junto a mí: Hágase para un lado. Es posible que el estallido de un disparo alcance mi oído y así pueda sacar las materias que reúno desde que llegué al litoral.

Al constituir los grupos de lectura hay entusiasmo. Le digo a los pescadores que esas noches, al prender el fuego y a la espera de la presa, son propicias para contar relatos. Los convoco a que registren su historia para el recuerdo de sus hijos. Les propongo que alguien lea en el día y en la pesca cuente. Por ejemplo, *Las mil y una noches*. Quizás se animen a compartir anécdotas o leyendas.

Hay mucha timidez. Escuchan, se sorprenden y se sienten agradecidos por la visita. No hay pereza, es la humedad sobre sus cuerpos lo que no les deja levantar las ganas.

Muy temprano preparo mi siguiente desplazamiento. Como patrones con avena y tinto. Encuentro pomarrosas, el sabor es diferente, mis papilas están llenas de medicamento.

En ninguna parte esperan por mí, tampoco me despiden. Allá en lo alto, muy arriba, un extraño ser me muestra sus colmillos. Ríe, goza, aún conservo el olor de su cuerpo en el mío. Una, dos y tres lágrimas bajan por mi rostro. Aún amo. Y si aún amo puedo continuar con vida. Tomo las letras del abecedario de la muerte, las armo y ya en mis manos hechas palabras, las pulso, las peso y no logran vencer la palabra del amor. Beso cada sonido de la tierra y me arrodillo ante mi propia sombra. A veces se adelanta, se cruza. Es en la sombra donde reconozco el giro, la curva que dobla la pierna izquierda.

Francisco Pizarro Salahonda, sexto paso

La lancha nos deja en una escalera que da a un restaurante, después de cruzar un patio se llega a la sala. Un niño con mi morral y empezamos a buscar hotel. La alcaldía está cerrada porque es domingo y el día siguiente festivo. Ni posada ni alcalde ni bibliotecario.

Consumía las ampicilinas como almendras. Me indican dónde queda la casa del bibliotecario y voy, toco una, dos y tres veces. Una mujer saca su cabeza por la ventana y me espanta con un ¡chite!, ¡zape!

Un profesor me da señales para llegar a un hotel. Una construcción de madera y palma. Parece en primavera. Una joven se dispone a prepararme una habitación en el segundo piso, pero llega su papá: Estos señores llegan hoy, esas habitaciones ya están ocupadas. Que si quiero está un lugar con divisiones de listones sucios, de uno cincuenta de alto, de dos por dos. Abro la puerta y dos ratones encima de la cama me hacen salir en estampida. Y el baño es aquí. Una caneca con agua y una vasija en la sencillez de la intemperie.

Ruego al señor por el cuarto de arriba, que le pago lo que sea. Ya he cambiado dos veces de niños acompañantes. Sus esqueléticos cuerpos, como el mío, doblados. Se cansan rápido. Al verlos con mi carga se agudiza el ronroneo en el oído.

Encuentro una venta de frutas, quien atiende: A la orden, soy Genoveva. Le compro mandarinas. Entro a un restaurante llamado El Amigo. Duermo sobre la mesa. No sé cuánto tiempo pasó. Genoveva se preocupa y mueve mi cuerpo, me interroga. Presento mis credenciales: un rostro a medio morir. Tengo fiebre. Que busco un lugar para dormir y no encuentro a las personas con quienes debo hablar. Le digo del hotel en primavera y de la mujer de la ventana. Genoveva sale y al rato regresa. Dice que Bárbara, la de

enseguida, me dejará dormir en su casa. A rastras subo unos peldaños angostos.

Dos colchones tirados en el piso. Seis niños me observan. Caigo, trato de ubicarme. Borrosas mujeres a mi alrededor intentan leerme. Soy una masa sin peso, ausente. No tengo el más mínimo aliento para mostrar mi gratitud. Dicen que no hay médico. Genoveva está asustada. Quiero sentarme, pero mi cabeza cae sobre la boca abierta del estómago. Como bulto de arena me desplomo en el colchón mugriento. Duermo.

Escucho lejos una voz de mujer en emoción: Voy para una fiesta. Es Bárbara: Usted queda con los niños. En la escuela celebran el día de la madre.

Creo estar a leguas de mi madre, hoy le celebran la vida. Estoy lejos de cualquier situación coherente, lejos inclusive de mí. El señor A salta en busca de un poco de pan. Se me acabaron las estrategias y él ni siquiera consideró las reservas que tenía. Muestra sus heridas aún con los cuchillos adentro. Conserva las armas que le han agredido para no olvidar. Tanto a él como a mí nos quedan pocas ganas de continuar. Un ciempatas ha entrado a mi oído, puedo ver sus deseos. Se mueve en el poco espacio que me queda. Se revuelve y se involucra con las letanías de mi adentro. Qué triste final para este animal. El señor A avanza, irá de nuevo al abismo donde tira piedrecitas o se devolverá para sacudirme las pantorrillas.

A Bárbara, a Genoveva y a los niños les intereso. Es raro, se ocupan de mis dolencias. Experimento afecto por ellos. Qué bueno haberlos descubierto. Solo necesitan su pobreza para dar solidaridad.

Despierto. Los niños reparan en mí, asombrados. Pregunto dónde está el baño y voy de tumbo en tumbo por las paredes hasta llegar a un cuarto con mal olor y excrementos en el piso. He terminado las pastillas. Le pido a un niño su compañía para ir a una droguería. Más medicamentos en el camino por el pueblo. Busco respuestas, ahora me dicen que no es un hombre el que atiende la

biblioteca, sino una mujer. Nada. Regreso al colchón en el piso. Bárbara no llega y no entiendo los razonamientos de los chiquillos. Aparece Genoveva y dice que puedo dormir por esa noche ahí. Caigo, empieza a oscurecer y los niños: Córrase, que vamos a dormir con usted. Se acomodan de cualquier manera. Tropiciego con pies, cabecitas, ronquidos. Niños que no evitan la soledad, su transpiración es fuerte, como de adultos.

Creo que ha pasado medianoche cuando despierto. Al otro lado de la pared, Bárbara bebe con unos amigos. Les cuenta de mi estado, que vengo de Bogotá. De pronto, la luz de una linterna en mi rostro y un hombre: Que empiece la promoción de lectura conmigo. Un segundo hombre intenta llegar hasta mí. Están borrachos. Bárbara interviene. La oscuridad es fuerte, densa. Los hombres vociferan. Los niños, profundos. No puedo con mi cuerpo. Y si insisten, ¿cómo defenderme? No, Bárbara es definitiva. No sé a qué juegan. Entre el ir y venir en vértigo, paso otra noche de terror que se esconde en mi oído.

En la mañana llega el rector del colegio con quien había hablado el día anterior: Qué pena que haya tenido que dormir aquí. Voy con él, ya encontró a la bibliotecaria. Llego a su casa, como fríjoles en el puntual interrogatorio. La mujer me mira despectiva: Sí, yo voy a ser la bibliotecaria, pero el contrato está a nombre de mi hermana porque estoy inhabilitada, yo era concejal hasta hace poco. Por ahora solo barre el local, porque no hay nada que hacer. Que los libros están en cajas. Se adecúa la casa, porque ahí va a funcionar el internet. Que es una orden del Gobierno, un contrato muy importante. No importa si la biblioteca no arranca, necesitan que los computadores funcionen.

El oído no revienta y la cabeza ronca. Mañana es festivo, aunque parece que siempre es fiesta para ellos. No hay ninguna señal del alcalde, ni del secretario de gobierno. No puedo hacer nada hasta el martes. Necesito llegar a San Andrés de Tumaco para buscar un médico. Trato de ver dentro de mis ojos. Paladeo la lentitud del tiempo en las largas

esperas de las gentes. Las hojas secas ya no producen ruido a mi paso. No piso, me elevo.

Duermo en una habitación llena de trastos. A las ocho de la noche un tiroteo frente a mi ventana y otra vez esperar, por lo menos, un pito en el oído. Hombres corren al salto de sus gritos. Al día siguiente, sangre en la puerta y nadie sabe nada. No ha pasado nada. Es la rutina. Nadie escuchó. Y esa sangre muda en el piso también es cómplice. No averiguo. La sangre fresca dice de los que corrieron, de las detonaciones en el río y las explosiones de la primera noche. No, nada de eso ocurrió.

Pienso si podré devolverme para sacar el peso que acobarda.

Aunque aseguran que no pueden conseguir al alcalde ni al secretario, este último llega y hacemos una reunión de media hora porque él debe regresarse a San Andrés de Tumaco. Le pido me lleve en su embarcación, lo duda. Y otro sacerdote más allá de Dios, la salvación. Otro ser en estado de reflexión y contrario a la política del alcalde. Asegura que lo intentará. Le dejo el archivo con el componente de la biblioteca. Se conforma el comité.

El alcalde es analfabeto y la bibliotecaria apenas rasguña algunos signos. Con ella hablamos, hacemos fotos. Por lo menos en el instante del flash despega sus labios: Sí, voy a ayudar.

Dicen que enseguida salimos para Tumaco. Me esperarán en el puerto. Las indicaciones no corresponden al lugar por donde entré al pueblo. Cruzo a tientas las calles de una población desvencijada. Pregunto y solo recibo gestos de sospecha. Ya cerca al puente, unas bodegas altas, grandes. Hay tornos y hombres que entran y salen. El secretario, que también sale de allí, dice que pronto partiremos.

¿Por qué esas bodegas en un pueblo tan pobre? ¿Por qué dos puertos? ¿Por qué las máquinas en ese lugar?

Navegar sobre estero, río o mar sin poder entrar al agua. Y a ellos mirarlos, percibirlos y no decir nada. Avanzar en los manglares con un pote de gasolina en los pies. Entrar a una casa por la parte de atrás y

no encontrar un pedazo de pan limpio. Qué desazón no poder ser. Y en el morral miles de hojas con tratados sobre la promoción de lectura. Tantas cosas para entregar, compartir y escribir sin miedo en los dedos.

Subí a la canoa con la imagen de las bodegas. ¿Por qué un puerto distinto? Salimos por un manglar estrecho. Mi pensamiento troquelado entre máquinas y bodegas. Ahora soy yo quien sospecha de ellos. El estero bajito, la lancha tuvo que ser empujada. En la mayoría de los viajes mi presencia la definían como un alguien foráneo y eso no me ayudaba. Un médico contó que venía de recoger más de cien muertos por la malaria, que si me había vacunado. Claro que no, en Bogotá no había conseguido la vacuna.

Pensaba en San Andrés de Tumaco, en un hospital, en un médico. Había olvidado que llamé al bibliotecario de ese municipio para encontrarnos en el muelle.

Una eternidad el viaje. Nadie habla. Salimos del estero con el golpe de los cuerpos cuando la embarcación salta uno, dos metros sobre el mar imponente. Puedo leer sus rostros. Miedos apagados salen por los poros y se quedan en el infinito, donde se ahogan los gritos de auxilio.

Quedé con muchas dudas acerca de las gentes de Francisco Pizarro Salahonda. Ronda cierto misterio. El sacerdote fue a la capacitación en San Andrés de Tumaco con recursos propios, tuvimos contacto por correo electrónico y luego le perdí la pista.

El alcalde llegaba a las capacitaciones a quejarse de su situación. Llamaba a decirme que en dos días viajaría a la capital. Nunca viajó o, por lo menos, no supe. La bibliotecaria siempre me llamó de un celular de donde tiempo después de haber terminado la tutoría recibía el sonido de una motosierra. Conservo el ruido del celular, pero es más grande la sonrisa de Bárbara y Genoveva para recordar a Francisco Pizarro Salahonda como mi única expectativa de primavera durante el viaje. El encuentro con ellas fue volar en un ave perdida que huía de la maleza.

San Andrés de Tumaco, séptimo paso

A medida que la embarcación se acerca a tierra aparece San Andrés de Tumaco, es bello el puerto con sus barcos y su mercado. Apenas salto de la lancha, cambia el registro. La imagen es recortada, cubierta por una franja de humedad y tristeza. En el puerto hay hombres corpulentos que llevan en la mano derecha una ametralladora y en la izquierda una mujer. Solo para mí la situación es insólita.

Sin salir del asombro, veo a un hombre delgado, bajito y con una cartera de mensajero en la mano. Pienso, ese es el bibliotecario. Bajo de la lancha y se retira. Voy con mi morral, ahora pesa más que antes. Corro detrás del hombre que grita: ¡Por qué llegó tan tarde! No respondo. Por favor, un hotel, un hospital, vengo... Se sube a su moto y yo detrás de él, a pie, con mi carga. Aquí es el hotel. Hay hombres de la región y otros blancos con pinta de montañeros, armados.

El bibliotecario se pierde. Voy a un restaurante. Dos horas después llega y dice que por qué no me he quitado las botas. ¿Cómo me encontró?, ¿desde qué esquina observa? ¿Por qué dice del cambio de zapatos? Tenía hambre y necesitaba un médico, el vestido no importaba. Tiempo después creo que sí, debí haberme quitado las botas. Trata de ser amable. Vamos en su moto al hospital. Me descarga y arranca. Espero, pido atención, llevo varios días con el oído infectado. No, ya no hay citas. Lloro durante una hora, de frente a la mujer que se maquilla, labios abiertos, ante un espejo. La ventanilla es dura. La mujer se prepara para salir de una jornada de trabajo, da la vuelta y que me pasen, pero que apunten como si fuera la primera cita del día siguiente. Por fin, el tiempo se adelanta para bien de algo. Hay un médico dispuesto a atenderme.

Un profesional ecuatoriano intenta hacer la evolución, que que ando haciendo por ahí, que los negros son satánicos y tienen el diablo adentro. Que ellos organizaban una clínica naval y no les fue permitido. Le han dado duro, estuvo amenazado de muerte, dice y repite, y estoy a punto de gritar. Contesto con monosílabos en la síntesis del dolor. Luego de cuarenta y cinco minutos de

responderse él mismo, le pregunto si me va a mirar el oído. Lo hace, toma los signos y receta: inyecciones, gotas, pastillas.

Voy al hotel, caigo en la cama, de medio lado. Determino sacar a alguien de mi cuerpo y mi oído estalla con olor a muerto de quince días. La habitación se inunda y busco otro pedazo de mí, descompuesto. Voy al baño, reviso y mi escucha es una catarata maloliente que repugna.

El olor atrae a los pájaros que, al otro lado de la puerta, aletean. Orinan en aleluyas de odio. Y usted, doctor, no sabe cómo se carga una legión de muertos en el oído. Un rencor despierto. No sabe lo que es continuar cuando no se quiere, cuando no se tiene nada. Estoy aquí y se abrieron las alcantarillas donde guardaba las partituras de los ríos, las miradas de la rabia. Usted, doctor, no sabe que también llevo una rodilla rota. Sí, la derecha, no se dobla y me arrastra al opuesto. A ese lado donde las dentelladas de los tendones me quieren tirar al piso. Doctor, usted ya tiene mucha rabia, no necesita la mía. La mía seguirá conmigo.

Llega el bibliotecario. No, la reunión no puede ser mañana, él tiene una cita con el alcalde. Entonces cuándo. De pronto pasado mañana. Yo no puedo estarme tantos días aquí. Aún tengo municipios por visitar y debo estar en Bogotá el 4 de junio. Dice haber invitado mucha gente y pega la reunión a otra de un grupo de lectura que no quiere saber nada de mí ni de quienes represento. Acepto sus condiciones.

Llegan varias personas y el asunto no les interesa, su líder les incita a retirarse. Quedan tres invitados y el bibliotecario. Se sacan listados de libros en una conversación de fragmentos secos y ajenos a cualquier encuentro humano.

Fumo y trago en el humo el miedo y el grito represado de mis vísceras.

En la alcaldía no me pueden ayudar, esperan al viceministro de Gobierno. Oí en los pasillos que investigan casos de corrupción.

Esa misma noche quitaron la luz, apagón que acompañó, durante su visita, al funcionario del gobierno central.

Mientras iba de un lado a otro, supe que debía desplazarme a Barbacoas por agua. Reportaban enfrentamientos en las carreteras. Decían de combates entre paramilitares y guerrilla y, por otro lado, las fuerzas del Gobierno en sus operativos de *sanación*. Hablé por teléfono con el secretario de Cultura en Barbacoas, dijo que viajara por tierra. Había enfrentamientos en el río. Tiraría una moneda al aire y el azar determinaría mi suerte.

Las reuniones no tenían éxito, mis estadísticas partían de las quejas del bibliotecario. Tenía amigos influyentes. Hicimos una entrevista por radio para hablar de promoción de lectura. Parecía un correo secreto. Con agilidad cubría sus compromisos, los que contaba y los que callaba.

Ahora escucho mejor. Hay una voz nítida que sale de la selva. Es el pedido de auxilio que dejan los campesinos mientras desocupan sus casas. Tres municipios por visitar y no alcanzo las verduras para comer. Aparece el señor A y me ayuda a levantarme. Vamos al puerto, niños desnudos recogen las sobras de los empresarios. Cogen un poco más de miseria para llevar a sus casas de madera, las que bocetea el sol y el mar mueve. El mar es negro.

De San Andrés de Tumaco a Barbacoas

En la plaza de mercado, que no viajara por carretera, había enfrentamientos. Otros decían lo contrario, que la disputa era en el río, en los esteros, en el mar. En medio de tanta gente no pude sacar la moneda para lanzarla al aire. Decido irme por agua, serían seis horas de viaje; por carretera el incierto sería más largo.

La lancha como una ballena sorprendida se acuesta sobre la orilla. Mis compañeros de viaje gritan: ¡Retén, retén! Una mano dura, fuerte, me ayuda. Nos reciben hombres armados, con ropa camuflada. Tiran al piso nuestras pertenencias. Pasamos a una carpa, en fila, con temblor de güevas, de ovarios. Nos piden la cédula, diga el número, de dónde viene, para dónde va, qué hace por aquí. Estos interrogatorios se repetirían en los nueve retenes donde nos detuvimos sin reclamar. No se podía decir nada distinto a lo reconocido en la primera parada.

De dónde viene. De Bogotá. Su cédula dice que es de... Bueno, nací allá pero yo vengo de Bogotá, trabajo en... Desocupan bolsos, maletines, carteras; separan calzones, calzoncillos, medias, como granos de maíz. El rostro de estos hombres es cruzado por una cicatriz que habla y trae el último terror de alguien, la marca del rencor o la huella de quien intentó no dejar su muerte impune. Le digo a un señor que viaja con nosotros si puedo fumar: Sí, aquí lo necesita.

Jamás había leído tanto de una persona con solo mirarla a los ojos. Ese comprender la respiración atropellada del victimario se acumula en mi oído nuevo. Dar la mano al asesino para bajar no es descender, es hundirse. Sus dedos rasgan en la columna dorsal. Tienen aún el calor del último disparo. Son los mismos que ayer violaron, han obligado y doblegado. Un estremecimiento y los vellos de mis brazos firmes esperan el golpe. Estar frente a esa humanidad con olor a cerdo en su

rabia y ojos que evitan el encuentro con los míos, es sentirse sin origen, sin nadie amigo atrás o adelante, menos al costado. Allí, uno de los dos lados debe estar nulo, borrado, no admite discusión. Por eso llevan en el pecho la foto del progenitor. Alguien que domina los contrarios de la conveniencia social. Hablan y patean sus odios. Caminan y no dejan de jugar fútbol con las cabezas de los muertos. Dan la mano y es como si alargaran el brazo de la muerte.

De hotel en hotel, de cama en cama, con el enigma de ¿quién durmió anoche para organizar la próxima masacre? ¿Quién tuvo sexo con su número quince de la lista? ¿Quién metió en una vagina el dedo con el que al día siguiente apretaría el gatillo? ¿Quién besó con los labios de gritar FUEGO? ¿Quién bebió con un amigo mientras lo preparaba para su muerte?

Quienes viajan, se someten: Pero hace diez minutos nos requisaron. Y los hombres: Sí, pero en diez minutos pueden ocurrir muchas cosas... Y estos señores buscan más allá de las prendas, preguntan si hemos visto al ejército y algunos responden: No. Que si han visto la guerrilla y al unísono: No. En mi libreto no tengo ninguna anotación acerca de improvisar respuestas. Hombres con camuflado y llenos de municiones en sus pechos. Tenía otra idea del pecho, a mí me sirve para amar.

Toma forma esa necesidad de calmar la sed y romper algo contra el piso, en especial cuando subo a una lancha y está a mi lado el hombre de siempre y que al llegar a los pueblos se pierde. Es como un gato enfermo, no deja ver sus uñas y duerme con los ojos entreabiertos. Se acomoda y descarga sobre mis piernas un maletín con algo en su interior, parece una escuadra. Podría dispararse y darme con exactitud en el ombligo. Entonces me tirarían al mar. Porque los muertos son una carga muy pesada, pesan por dentro y por fuera. Tal vez no me lancen al mar, porque la sangre atrae a los tiburones. Buscarán la orilla para taparme con hojas de olvido y un día encontrarán un brazo mío para

mostrar un trofeo. Un ojo mío se quedará en la lectura sin voz y sin poder escribir sobre párpados mojados.

En el último retén quise hacer un registro fotográfico: niños entre los tres y once años, y que habían presenciado el agravio, se ubicaron en la orilla. Apenas arrancó la embarcación se lanzaron. Su alegría llegó a nuestras ropas en gotas de agua. Miré a una mujer que iba a mi lado y con voz de amiga: Celebran que pudimos salir.

Barbacoas, octavo paso

Llego a un restaurante y pido almuerzo. Solo hay... Aunque es muy alto el costo, necesito hablar con las mujeres del lugar.

Pasa un joven y le digo que busco al secretario de Cultura y Deportes. Vamos y, a mi alrededor, hombres con muletas de fabricación casera. Les falta la pierna izquierda. Algunos son muy niños. Cada esquina que doblo es una alteración a los sentidos: un billar, tres hombres acarician los palos que tienen por piernas, una niña trata de alcanzar el brazo que le falta. Una trinchera frente a la alcaldía, otra en la casa del alcalde y otra cuida el edificio de la Caja Agraria, bombardeado años atrás y que servirá para la biblioteca pública.

Cuando le mostré a la directora del programa las fotos donde funcionaría la biblioteca, dijo que si no se podía quitar la trinchera. Claro que no, las trincheras se quitan cuando se acaban las guerras. Esta doctora trata de buscarle solución a todo y eso está bien. Dice que mi otitis se debió a que no secaba bien mis orejas cuando me bañaba. Ella no podía entender ese andar por el río debajo de la lluvia. No se imaginaba el color del agua en el baño ni las almohadas donde se intentaba el sueño. Esta doctora me cae bien, no le pasa nada malo y aprecia lo bello de la vida. Ve maravilloso, porque su destino lo es. Espigada, de rostro blanco, un tanto europea, diría yo. Cree poder retirar una trinchera como se cambia una carta en un juego tomando té. Yo también era un juego donde alguien me apretaba como ficha mientras se decidía.

Un paseo por el municipio y una nueva escena: de manera veloz trabaja un albañil en las instalaciones de la biblioteca de la Cruz Roja. Montan las acciones porque saben que llegará alguien de Bogotá: Vamos a tener la biblioteca pública aquí, mientras nos entregan el edificio de la Caja Agraria.

Y ¿dónde está el componente de la biblioteca? Ya vamos, contesta el secretario de Cultura, un deportista que dirige los grupos de danza folclórica, lleva las reinas a los carnavales y prepara las celebraciones en el pueblo. Un director de ferias y fiestas.

El alcalde, un señor grande. A su lado, dos negros armados. Detrás de él, una foto del presidente de la República y las banderas de Colombia, Nariño y Barbacoas. Que pase la persona que viene de Bogotá. Sí, soy yo. ¿De qué se trata? Conmigo, varios pobladores esperan ser atendidos. Debía ser puntual y convincente. Que vaya al hotel, le atenderemos cuando pasen las fiestas.

Dos hombres van conmigo, no hablan. En la recepción de una posada: Nos manda el alcalde, que después hablan. Dije gracias y ya habían bajado los trece peldaños de la escalera.

En la oficina de Cultura y Deportes guardan los libros y el computador de la biblioteca. Dos mujeres, que se disputaban el cargo de bibliotecarias y las pagaba el departamento, se dedicaron a seguirme para que intercediera por ellas. Creían que tenía algún poder de decisión.

Años atrás la biblioteca se la habían dado a un colegio y Elsa Martínez, delegada del ministerio de cultura, había hecho que la devolvieran a la alcaldía. El rector del colegio la reclamaba para su institución.

La comida es costosa y se come lo que venden. Sin cambios ni nada. Y si no le gusta, váyase. Salí a mirar el desfile. Bandas de guerra se mezclaban con cantos y bailes folclóricos. Una virgen era transportada al ritmo de marimbas. Las calles se llenaban de bullicio. Desfilaban, unos con uniformes de equipos de fútbol, otros con los vestuarios de las danzas y los estudiantes de gala. Detrás, un aleluya, el mismo que durante veinte días escuché desde los acordes de almohadas sucias sin poder dormir.

No podía soportar el olor de la habitación, la ducha goteaba. Con timidez pedí cambio de cuarto. Bueno, que se pase a la 21. En esa habitación había un goteo en el lavamanos, coloqué un cesto debajo y disminuyó el ruido. En la número 22 estaban tres hombres

que había visto en la recepción. Eran ellos, ya había aprendido a reconocerlos. Empecé a seguir el goteo del agua. Revisé el baño, tranquilé la puerta con la cama y me encomendé a las ánimas que insistían en ganar territorio.

Siempre encontraba un televisor como objeto importante, pero solamente en ese municipio lo prendí. Volví a la ciudad, las noticias no mostraban lo que yo caminaba, no era de impacto para comercializar jabones ni vehículos de lujo. Quizás por ahora no convenía nombrarlo.

Empecé a llamar a mi casa en Bogotá y el contestador hablaba. Creía conveniente no tener un diálogo a larga distancia. Sería inútil, nadie podría desenredar el nudo que amarraba mis pies. Sí, no debía llamar a nadie, podían escuchar los compañeros de hospedaje.

Era claro, no podía hablar en presente. Llamar a mi casa: un escape. Oír la contestadora significaba que existía para algunos. Mis hermanas, mis amigos, adquirían cuerpo y espíritu a través de su voz. Les interesaba mi suerte. En los pueblos que visitaba estaba muy lejos de las personas con quienes interactuaba. La conversación era cortada por la desconfianza, por el odio.

Mi siguiente destino, Magüi-Payán. Según recomendaciones, debía madrugar al muelle, se cruzaba el río y después un carro me llevaría treinta y cinco minutos por carretera.

Llegué a las seis de la mañana al puerto. Las embarcaciones aún no despertaban. Al otro lado había un carro. Aparece un barquero y dice que es muy temprano y peligroso. En silencio él y yo, pronto estuvimos frente al conductor del campero y este: Buenos días, amigo, ¿me compra gasolina, por favor? La venden en la mitad del río en un planchón. El transportador dijo esperar a dos profesoras que salían todos los días a esa hora. Tan pronto como llegaran, saldríamos.

Había encendido un cigarrillo cuando llegó un hombre de baja estatura, cejas cerradas, acento antioqueño. Me miró mal. Le dijo al

conductor: Vamos, ya vienen los muchachos. El otro le respondió: No tengo gasolina, la mandé a traer y el hombre no ha regresado. El recién llegado miraba con rabia cada aspirada de mi cigarrillo y volviéndose nuevamente al conductor: Pues llamemos otro, aquí está la plata para que la vaya a comprar.

Viajan cinco hombres. Sobre su sexos, ametralladoras como una caricia en muñecos de felpa. No hablan. Se miran distantes. Por un momento pensé que no se relacionaban entre sí. Uno a uno se bajan. Se internan entre los matorrales. Queda uno frente a mí. El traqueteo del campero hace que nuestras pupilas se encuentren. Va molesto. En el ruido del *jeep* se pierde su jadeo atropellado. Mira el reloj ansioso. En ese pequeño cajón estamos condenados el uno al otro. Ya ha pasado una hora y para qué preguntar cuánto falta para llegar, responderán lo mismo: Treinta y cinco minutos.

El hombre hace detener el carro cerca de una casa de madera. Recostada en la baranda, una mujer con un niño desnudo. Bruscamente, el hombre salta y pregunta por el Gallero. Entra con la mujer a la casa y al rato sale detrás de un adolescente a quien le dice: ¡Dígale al Gallero que lo espero pronto! Han pasado quince minutos y estoy en un llano inhóspito. Regresa el muchacho y el personaje impaciente camina de un lado para otro. Una, dos y tres razones, y el Gallero no aparece. El conductor con su mirada en el retrovisor: Hay que esperar, el paraco viene pagando. Quizás lo que yo pagué no vale, porque mi dinero no tiene el sello de la amenaza. En el reloj de mi miedo ha pasado una vuelta completa entre el ser y no ser. El Gallero no aparece y el hombre dice al conductor que nos podemos ir: Ese hijueputa no apareció, me voy yo mismo a buscarlo. Y se oculta en la selva espesa.

Durante la espera no supe a dónde mirar. ¿Y si aparece el Gallero? La pierna derecha seguía hablándome de la deshonra de Dios.

Así sean seis horas de viaje, uno es informado que solo dura treinta y cinco minutos. La medida del tiempo es tan irreal que una hora puede ser un segundo y en un segundo se puede decir la palabra equivocada.

Treinta y cinco minutos es siempre y es nada. En treinta y cinco minutos se puede ir la vida o llegar la intimidación. Treinta y cinco minutos es la medida perfecta de un reloj en las tres partes de la tierra dominada por el miedo.

Un hilo atraviesa mi garganta, sube desde mi estómago y se prolonga por las calles. Es la sangre que ha perdido su identidad en una historia que a nadie importa. La vida se convierte en una partida de ajedrez donde sus jugadores no ganan ni pierden. Se mata o se muere.

Magüi-Payán, noveno paso

Nadie quería atenderme. La biblioteca estaba cerrada, la encargada se había ido a la capacitación en San Andrés de Tumaco. Les digo que en correspondencia de tres semanas atrás, se informó el cambio de fecha.

En la alcaldía, ninguna razón. Voy a la oficina del jefe de los maestros y nada. Les pido avisar a Barbacoas, donde van a retirar el dinero para el viaje, que se devuelvan porque la capacitación no es hoy. Siempre un no rotundo. Nada es posible.

Las diez y media de la mañana. Hombres sin camisa juegan en las puertas de las casas, hacen el chance. Corro y, por favor, véndame una botella de agua: No hay suelto. Entonces véndame lo que sea en agua por este billete. No importa, no quiero las vueltas, véndame agua.

El tesorero del municipio ordena sus fichas de parqués. Levanta la cabeza para saborear una cerveza y se encuentra conmigo. Señor, ayúdeme, necesito comprar agua, pero no hay vueltas. Por poco le hago perder el juego. Su concentración es tal que imagino no escuchó. Voy donde la señora que me había vendido una fruta y, por favor, ¿puede usted mandar a su niño a comprar agua?, yo le pago. Sí, claro.

Me siento en el parque a comer mandarina y a tomar agua. Voy al río a lavarme los dientes, un hombre corre tras de mí y dice que el jefe de los maestros me espera en su despacho. Ya todo el pueblo está advertido sobre un elemento extraño en la plaza. Voy donde el jefe de los profesores, una mujer dice que debo esperarlo. Mientras tanto, en la esquina, señora, véndame unos huevos, señora, por favor, sin yema. No le puedo vender unos huevos sin yema porque entonces no son huevos. Bueno, démelos completos y yo veré, gracias. Huevos con agua, señora, véndame un banano. No, esos bananos

no se venden. Por favor, uno, medio. No le puedo vender bananos, adiós...

Otra vez en la oficina del jefe de los profesores. El señor está molesto porque su colegio paga la funcionaria que tienen en la biblioteca pública. Pero, señor, yo no tengo la culpa, por favor vengo a conformar... Ustedes vienen muy rápido, echan la carreta y salen. Es el tiempo que nos dan. El cronograma es preciso y no admite demora, venimos con una agenda apretada.

En la iglesia encuentro un santo más desconsolado que yo. Le toco las piernas y le ruego por mí. En ese momento a cualquier cosa le podía haber pedido misericordia. Le pregunto qué hace él por los caídos en desgracia, por las pestes que llevamos en el esternón. El santo se burla de mí. Usted, santo, dígame quién ayuda a los infelices, a los abandonados, quién pone su corona, su gloria, su estatua, su dios. Y su varita se mueve. Escarbo en los bolsillos, busco mi origen. Debajo de mi rabia, ratas con hostias en la boca. Y se escurren mis orines en jarrones con flores lilas. Estoy en la tierra que nunca cicatriza porque su herida es una marca abierta.

Se da la reunión y la misma atmósfera en negativo. Nadie quiere pertenecer al comité porque no les pagan. Los que quieren ser elegidos son descalificados por otros. Con miedo, hago el registro a color.

Otra vez en la mitad del altar con el santo principal. Me mira y descubre mi incertidumbre, una mezcla de rencor y miedo. Tengo algo por concluir... ¿dónde orino?, de pronto utilizar el confesionario. ¿Y será que sí puedo salir de este pueblo?, ¿y si no puedo salir?... Tengo la reunión a las cinco en Barbacoas, allá esperan las noticias, por lo menos eso parece. No puedo faltar. Abandono el santo y me acojo a la suerte de los próximos treinta y cinco minutos. Salgo con cara de resurrección a pesar del tiempo y la mala hora por venir.

Como si el santo hubiese escuchado mis quejas, aparece el secretario de gobierno con la bibliotecaria y dos hombres armados. Traían la carta del cambio de fecha para la capacitación, dijeron que la acababan de recibir. No entiendo, pero imagino que se enteraron de que yo los buscaba. Eso quedó en el misterio de aquel santo.

Con cuánto orgullo se muestra un arma. Con cuánta altanería se porta el poder. Los niños no tienen necesidad de juguetes bélicos, duermen con hombres armados. Las mujeres son cuidadas para evitar tentaciones. El arma está junto al plato de sopa.

Nos sentamos en una cafetería y organizamos el grupo de apoyo. A la bibliotecaria sin tiempo no le gusta leer, además tiene una niña que debe cuidar. Dos jóvenes se acercan y dicen que quieren ayudar. Veo el malestar del funcionario. Los que quieren no son acogidos. Uno de los voluntarios es homosexual. A regañadientes es aceptado y se despide dejándome una novena con la historia del santo, patrono del pueblo.

Busco un baño, voy a una tienda. Una señora dice que tenga cuidado. El cuarto hedía a borracho. No había agua para hacer los alimentos, menos para lavar los baños, aunque el río quedaba cerca. La orina trae cientos de niños muertos, se apretujan por salir. Se ven en estado de descomposición. Ahí, tirados en la taza del baño, con sus ojos reventados, reclaman mi compasión y se confunden con los excrementos de la región.

Y ahora que suba a este carro, que no, que a otro. El jeep comienza su traqueteo por las calles en busca de pasajeros, que si fulano se va, que si la señora tal ya se bañó y seguimos dando vueltas a ver si zutanito ya se tomó la cerveza de partir: Hagan el chance, hoy sí va a caer aquí.

Después de esperar a los viajeros, arrancamos. Y no se preocupe, son treinta y cinco minutos. Una hora de recorrido y se pincha un

neumático. Sin repuesto, hay que esperar a un amigo. Sí, el que viene de arriba. Comienza a llover y: Métanse al carro. Ahora: Bájense, porque ya llegó quien nos presta la llanta y el camino está terrible. Las cuatro de la tarde, llueve afuera y adentro del campero destartalado. ¡Ayuden, se aflojó el gato! ¡Y tengan entre todos el carro mientras monto la llanta! ¡Cuidado que me voy a meter debajo! ¡Jueputa, se rodó la tuerca! ¡Reputa, este gato no sirve! ¡Aguanten, sosténganlo! Ahora no es solo barro sino grasa en mis manos. ¡No se preocupen, ahorita se secan, la lluvia no mata, apenas da pulmonía!, grita uno que salió del monte. De regreso, traen sus ametralladoras calientes.

Finalmente en el puerto, al otro lado Barbacoas. En la mitad del río, a la canoa se le acaba la gasolina. Tenemos que bajarnos y caminar por aguas negras para alcanzar la orilla. Con la mierda hasta las rodillas entro al pueblo. Las cinco y cuarenta y cinco de la tarde.

Bebo barro. Hay hombres sentados en las puertas de las tiendas, me observan con curiosidad. La lluvia es aceitosa, sucia, oscura y se pega a la piel con su hediondez. Corro y sueño que un hombre dispara a los ojos de una mujer. Nunca había soñado ni besado la lluvia al correr. En las cantinas, un destemplado himno nacional que se escucha en todo mi país por orden oficial hace a los jugadores de billar más patriotas. En su ritmo encuentran la carambola del réquiem.

Encontré en el hotel un mensaje, la reunión sería un poco más tarde. Bueno, alcanzo a quitarme lo que traigo encima. Respiro.

Toma fuerza la necesidad de sacar agua del coco, sentir su estallido en el piso y entregar su carnosidad a ellos. Mi cabeza contra el pavimento. Mi cabeza sin una gota de esperanza.

Mamá está tirada en el centro de un pueblo que se muere todos los días, el señor A le alcanza un vaso de agua. Le implora que no se arrastre más, que se levante y saque de entre sus piernas los hijos muertos. Mamá no escucha, dice que somos sombras, que intenta coger al hijo que viene boca abajo por el río, pero que no puede, que él es terco.

Mamá grita y el señor A termina por acomodarse entre su vientre para darle el calor eterno.

En la reunión, doce personas y la primera dama, entusiasmada, ofrece un refrigerio y dice que el programa se debe llevar a los grupos indígenas. El rector del colegio quiere la biblioteca, él paga la funcionaria que la atiende. Se conforma el grupo de amigos de la lectura.

El director de Cultura y Deportes habla en privado con un señor que llega como perseguido por la mano de Dios. Prometen que pronto sacarán los libros y se abrirá la biblioteca al público. Sí, ahí mismo donde está la de la Cruz Roja y son maravillosas las intervenciones. Las promesas se convierten en una farsa. La mentira como elemento de dispersión, de fuerza. Algo natural que opera como mecanismo de defensa. La condición de mentir hace parte de su naturaleza. La tercera mano que no poseen corresponde a la verdad.

En el hotel había conocido una abogada de Cali, de voz carrasposa y atropellada. Como apareció, desapareció. Huyó, salió. Ya no valía la pena ni siquiera hacer conjeturas. Se había ofrecido a viajar conmigo porque le tenía miedo a las lanchas, iríamos por carretera. Era un alivio tener una compañía hasta Pasto, donde debía tomar el avión a Cali y hacer conexión a Bogotá. En los corredores oí que ella había salido a las cuatro de la mañana.

Caí sobre la cama. Debía madrugar a San José Roberto Payán.

Dicen que al tiempo no le pasa nada, siempre es nuevo y sigue su curso. Sí, tenía clara la precisión del paso de los días, las horas, los segundos. El silencio ocupado, la razón ignorada. Pero no podía mover el tiempo de los otros. El señor A se encargó de atrasar mi reloj para ir en las deshoras de las gentes.

San José Roberto Payán, décimo paso

Usted no puede entrar, dice el militar y me empuja hacia la canoa. Lo hace porque no tengo equilibrio y el barro se come mi pierna

izquierda. No logro sostenerme. Vengo para la alcaldía de... No insista, quédese en la canoa y devuélvase.

El uniformado insiste en que no pase al retén. Otro cambuche y el mismo protocolo. Son del mismo color, tienen acento de blancos y un dejo de montañas en los pies.

Unos, que pueden ser los otros, vienen de allá y se ubican en los cuatro puntos cardinales de mi país. Controlan todo, reciben porcentajes por los contratos, quitan y ponen la luz cuando quieren. Se toman las fiestas para sacar niñas de doce años y disparan sin compasión. Una burbuja que se quiebra por sectores y yo con la mía, tan pequeña.

Qué consuelo, encuentro unas señoras haciendo patacones, por favor, véndame muchos. Muchos para encontrar a mi madre, mi centro, mi nacimiento.

Un cigarrillo y el policía, el mismo de órdenes terminantes, los toma de mis manos: Preste los cigarrillos, hace rato que no vemos de esos por aquí. Bueno, ahora sí, ¿para dónde viene? Voy para la alcaldía.

Una de las ancianas se ofrece a llevarme. Escaleras rústicas, el morral pesa. Escalo con incertidumbre, como en los otros municipios, sin saber de destinos precisos. No sé si ir con la señora es una señal, o mejor ir sin ella. Otra vez mil razones como baba se deslizan por la piel.

El alcalde no está. Viven moviéndose, dicen estar amenazados, ejercen sus cargos fuera de sus municipios. No entiendo qué encierra la clandestinidad, quién está al margen, afuera o al otro lado. ¿Quién levantó el muro? ¿Qué situaciones se dan dentro de esa llamada clandestinidad? Aparece el secretario de gobierno, su sonrisa calma la hora del mediodía cuando el sol empieza a lastimar.

La casa es bonita y muda. Encima del televisor, que no ha tenido uso, unos elementos de aseo. El municipio lleva cuatro años en deuda con una empresa de energía. La bibliotecaria: Ojalá algún día llegue la luz para ver las telenovelas, me he perdido los finales.

Salí a buscar personas para la reunión. Cuando regresé, la biblioteca estaba cerrada. Esperé a la encargada, le daba una vuelta a su hijo, por tercera vez lo encontraba en el piso. Ya se había acostumbrado a caer de la cama sin quejarse. Con el secretario, el sacerdote, los profesores. Sí, a la hora de ustedes y no hay problema si tengo que quedarme.

Encuentro buen ambiente. Llega un maestro con cuarenta estudiantes, quiere para su grupo un taller de comprensión de lectura. Hago varios ejercicios. Es grande su inteligencia como su pereza. Viven situaciones extremas, pero no aceptan que leer puede hacerlos más propositivos.

La bibliotecaria apenas logra leer, la comunidad la quiere apoyar. Hay un sacerdote. Estos oficiantes se muestran muy dispuestos. Son amables y, en la mayoría de los casos, no son del municipio, esto los hace menos comprometidos con los gamonales para ejercer cierta independencia de pensamiento.

Debo regresar a Barbacoas, es mediodía y ya no hay transporte público. Contrato una canoa. Dos hombres. El más viejo manipula el motor, el otro juega con un remo. Aún el sabor a patacón en mi boca y los ojos tristes de la mujer que fritó el mal tiempo de los uniformados. Busco descanso en el movimiento de las plantas a la orilla del viaje. No son suficientes los dedos para apretar los días que faltan por llegar a casa.

De pronto ronca el pulmón izquierdo, revive la algarabía del oído. Una jeringa repite la dosis de dolor, entra en mi sexo. A lado y lado de nuestra embarcación se detienen dos lanchas. Sus pasajeros, cinco hombres vestidos de particular y armados. Nos llaman, debemos detenernos. Con su verdad el río sigue su curso. El barquero se detiene. Estamos en la mitad del río y el pánico se ha metido en el centro de mi cobardía. Agua en los cuatro costados, agua caída del cielo, agua tirada desde la tierra. Los hombres empiezan el interrogatorio, los miro, es peligroso. Quinta advertencia: No los mire. Y las preguntas no se hacen esperar, que quién soy, que de dónde vengo, que qué hago por ahí. Y otra vez los niños muertos se cuelgan de

mis costillas. No puedo temblar, mi voz no puede notarse entrecortada ni apagada. Saco un tomate y el ritual de siempre: lo lavo con alcohol, con agua de botella y empiezo a morderlo. El rojo baja por mi garganta con dificultad, como si comiera una coartada innecesaria, muerdo mi propia sangre o la de labios ajenos. Sigue el diálogo entre el barquero y los recién llegados, y el tomate hace estragos en mi estómago. No puedo moverme. Después de un silencio, que duró la noche más negra del cielo nacional, nos permiten continuar.

Cerraba mis oídos y, aunque no hiciera lo mismo con mis ojos, miraba sin ver. Sin ningún esfuerzo empecé a resistir.

Llegué a Barbacoas y empecé a preparar mi viaje para Pasto, tenía que ir por carretera. En la noche escuché descargas, el ruido venía del río.

El viento, el agua, son testigos presenciales sin voz, tienen capacidad para lavar la sangre. El río engorda en los peces que comen el paso de los muertos. Allí no se pueden colocar cruces, ni nombres en las tumbas. El río se vuelve cómplice y ahoga las verdades. Ahora el río entra a mi casa, sube hasta mi cama. La fiebre no baja. Aparece mamá para decirme que el mundo es así. Ensordece con su voz que, asegura, cantará tangos hasta los cien años. Ella estruja mi cuerpo y ve tantas cosas como si estuviera en otra dimensión. Dice que siente las ánimas enredadas en su falda de colores. Mamá es así y lo único que tengo de ella es su rostro vacilante. La veo como memoria pegada a la piel. Mamá duele. Avanzo, tropiezo. Dudo. Todos han traicionado, negado. Cada cual salta sobre el otro. Los miro a los ojos y sus labios se rompen de mentir. Sudo, analizo, busco quién corte mi cabeza. El cuello no quiere girar, el músculo del pómulo izquierdo salta en un tin tin. Otra vez el mundo se mete en mis oídos. Un hilo ácido baja hasta mi garganta y rebota a la boca. Ya no hay muelas que duelan, son ganchos amarrados para comer. Y ese animal grande que crece debajo del ombligo a esta hora de la noche qué pensará de mí.

Para viajar a Pasto debía estar a las cinco y media de la mañana en la cafetería donde se parqueaba el carro que salía hasta La Unión. Que había huecos en la carretera y por tanto el viaje era por lo menos tres veces treinta y cinco minutos. Por primera vez algo de conciencia en la edad del tiempo.

Dormir con miedo no es fácil. Sabía que al otro día estaría en tierra firme. Quise inventar un amanecer diferente. Era la antesala a una fiesta. En la ciudad mis jefes no perdonarían mi llegada con el rostro desencajado. No podía mostrar la cara de esos días, aunque mi alma estuviera hecha pedazos. En mis gestos se encontrarían con una verdad que pensarían como invención de mi parte. Tendría que hablarles de mi cobardía y mi falta de humor para andar por esos caminos donde hay varios gobiernos que se pelean entre sí. En medio, los civiles, particulares, los que no quieren entender nada y otros que, como yo, cometen el error de pensar. Pensar es estar al margen. Contextualizar es podrirse. Cuestionar es tirar de la soga que aprieta.

Gotas de agua distanciadas, silenciosas. Caminaba y dejaba algo, el silencio de las calles. Recuperaba un tanto de liviandad. Ni un ser en el pueblo. Ni una luz. Ni una ventana. Solo yo a grandes pasos, impaciente por el regreso. Llegué a la cafetería y nadie. Me senté en el corredor.

Al rato llegó una mujer negra, muy bella. Tenía los ojos blancos. Se sentó a mi lado y conversamos. Frente al establecimiento se ubicaron dos carros modelo 74. Fueron llegando los viajeros. La joven dijo que comprara el pasaje y preguntó en cuál carro viajaría. Le respondí que en el verde, dijo que a veces viajaba en ese. No supe de su destino, la vi tranquila y, sin equipaje, sentarse en una banca.

Las gentes se pelean por viajar al lado de la ventana: Usted, quítese de ahí, ahí viajo yo. La frase se repitió. En las tantas acomodadas para sentarme, advertí que la mujer negra de ojos blancos no viajaba en ninguno de los dos carros. Solamente en Pasto sentí escalofrío al pensar en ella.

Primera parada: un camión pequeño acostado con las llantas hacia arriba y la raspachina que va a mi lado: Bajemos para ver al muerto. Cerré los ojos. Conté los dientes de la eternidad. Despegué despacio, sin ganas, mis párpados, y debajo de la camioneta unos cerdos gruñen, otro estaba muerto. Un hueco de tres por dos metros de ancho con profundidad de abismo. Solo al sacar el carro y los animales, podíamos pasar. Me iba a bajar del carro, pero el conductor: No, usted no pesa nada, quédese ahí. Una joven acompañada de un hombre con zapatos de charol: Oiga, usted, déle sus pantaneras a papi. No, disculpe, voy a bajar, quiero pasar a pie. Miraron con odio, conservé la calma. Había adquirido la destreza de vivir en estado de indefensión.

Tres horas después de sacar cerdos y haber puesto el carro en posición correcta, continuamos el viaje. En la carretera hay maquinaria pesada. A mi lado va un hombre que se baja y muestra un arma para que nos dejen pasar. Los conductores, apenas ven que él se baja, giran el volante a la derecha.

El sonido del vehículo nos hace escuchar canciones en homenaje a los narcotraficantes. Las letras infundían miedo y en algunas se oían disparos. Y las raspachinas: ¿Amiga, solamente lleva esa bolsita? Sí, es lo que tengo, una muda de ropa, fue lo único que pude sacar después de que lo cortaron en pedacitos y me lo tiraron a la cama, eso fue antes que, uno a uno, se me fueran subiendo encima. Cruza las piernas. Su interlocutora la abraza: Dicen que en Caucasia hay mucho trabajo. La joven aprieta su paquete: Ojalá, no pienso regresar.

Entre pausas por retenes, por huecos y heridas de obreros en la vía, mucho es el tiempo que ha transcurrido. Un trancón y el conductor: Por lo visto, no han arreglado este hueco, aquí nos llegará

la noche. Siete carros de un lado y nueve del otro. Nos bajamos y empezamos a caminar. La tierra es movediza, uno se hunde y sálvese quien pueda. Un hueco de tres por tres de ancho, por dos metros de precipicio.

El hueco se vuelve una fiesta. Ellos saben que el viaje es así. Van preparados. Pensaba en llegar a Bogotá, tenía un día para mí y estaba feliz. Era ganarle un día a la desesperanza. Un día completo para contar.

Aquí se confunden personas de todas las regiones y pelambres: comerciantes, profesores, raspachines, narcotraficantes, uniformados sin claridad en los íconos. Ahora sí hablan y lo hacen sin miedo, o pertenecen al grupo de los que sí hablan. No llevan libreto: Hay que pasar a pie, adelante hay una tienda donde nos venden algo de comida. Por turnos se escogen matorrales para orinar.

Es complicado pasar. De pronto: ¡Ayuden a ese niño, miren, se está enterrando! ¡Cojan a esa señora que se va a caer! Y otro: Este paso siempre ha sido así, ni a la guerrilla ni a los paras, y mucho menos al Gobierno, les conviene que esto cambie.

Dando golpes a Cristo, me entierro. Apruebo geometría animal en terrenos blandos. Mi alma manchada, el dedo índice dispuesto a señalar. La boca libre para hablar. Tengo la posibilidad de empezar o terminar en la maleza. Separo mi lado izquierdo del derecho para entrar en la boca del resentimiento.

En la choza venden arroz con huevo, ración que se agota y repiten cada vez que otro transporte público se detiene. Venden un poco de agua para lavarnos las manos y limpiarnos la ropa. Vi unos bananos y quise comprar, se negaron. Le pedí a la amiga de la viuda su intervención. Miró con rabia. Por un momento pensé en cogerlo, en robarlo por el derecho que provoca el tener hambre. Ocupé las siete horas de espera en recordar las culpas, los rezos de mamá. Largas horas donde insistí por un banano y un poco de arroz.

Mucha algarabía y charlatanería. Metían piedras debajo de los camiones, les amarraban cuerdas y unos sacaban a los otros. Primero los que llevan frutas, luego el bus donde viene una señora enferma. Que en el bus amarillo hay un niño con diarrea y está morado.

Mientras buscaba el mejor lugar para orinar, escuché a unos vendedores: El otro día salieron aquí unos con camuflado, nos formaron, mi amigo me quitó el puesto, quedó delante de mí, le dio por repetir algo que le habían contado: yo soy amigo del comandante, el negro, el del Salto del Mono, un tiro en la cabeza y cayó. El negro era el comandante del grupo contrario. Sí, dijo el que se arreglaba las uñas con una navaja: Hay que tener cuidado por si aparecen, nunca se sabe de qué lado son, y me miró. Puso sus ojos en mis brazos y dijo tener el medicamento para mi piel: Nosotros, los vendedores, vivimos muchas dificultades porque también recogemos lo de las ventas. El hombre hablaba y hablaba, y ya nadie le escuchaba. Oscurecía y sus historias solo hacían crecer la ansiedad.

A las ocho de la noche en La Unión: Aquí se queda, el bus para Pasto pasa cada rato.

Cada cual coge su transporte o se pierde entre los caminos veredales. Un poco de calma. Intento un suspiro pero se pierde a mitad de camino. Saco del morral unas anotaciones y las destruyo. Ahora el llanto es un sentimiento confuso. Solo hay montañas y confites. Las personas se vuelven espectros y no se ven unas a otras. No sé dónde está el Norte ni el Sur. Estoy en un paraje donde nada se mueve. Hay silencio de oscuridad. Descubro luciérnagas que juegan en mis botas.

Hago señas a uno, dos y tres buses; al paso del siguiente invoco a mi padre para que lo detenga. La atmósfera es pesada.

El bus se desliza por las montañas y hay tantos instantes bellos de la naturaleza que mi centro se agita. Quiero el suspiro largo y no lo encuentro. Está atrapado en la selva, en el segundo huevo que no pude comer. En el brillo de las armas.

Busqué un hospedaje cerca de la terminal, minutos después tuve que salir porque no había agua. Había llegado un día antes de la fecha para tomar mi vuelo a Bogotá, llamé a la línea aérea y hablaron de pagar un recargo. No pude dormir. En dos oportunidades bajé a la recepción para informar de un hombre en la ventana. El encargado corría a buscar y no encontraba nada.

Sí, la imagen es verde y está en el costado izquierdo de mi cabeza, baja, duele. No permite el giro. Despierto cada hora y aún no logro ubicarme en cuál de las tantas pesadillas estoy. A mi lado, una cama sin nadie, quizás en la mía tampoco estoy. Busco el olor de mi casa, no lo encuentro. Un hombre en la ventana trae un gato de ojos brillantes, abiertos, pero quietos. El hombre mide mi humanidad y ya estoy en el piso.

A la mañana siguiente, luego de desayunar, voy a un teléfono público a confirmar mi pasaje. Después de dar vueltas por el parque y saber cuántos pasos hay en un metro, extraño mis documentos. Vuelvo a la cabina de teléfonos y reordeno mis acciones.

Un día en Pasto, pienso en Bogotá. Otra noche y en el hotel ya no quieren saber nada del hombre de la ventana.

Estoy en la sala de espera del aeropuerto de Pasto. Las diez y media de la mañana del viernes 4 de junio del 2004. Hay un afiche a color, muestra una escultura donde se pide que no salga el patrimonio cultural. Frente a la publicidad institucional hay un niño negro, tomado de la mano por una francesa. Una mujer a mi lado: Lo han adoptado, eso no lo hacemos nosotros. Se quedó a la espera de mi respuesta. Entregué mis documentos a un vuelo que salía de la oscuridad hacia el eje donde se prepara la infamia. Qué importaba mi respuesta y sentir miedo cuando el capitán dijo de turbulencias y viajar con el cinturón de seguridad puesto. Estiré las piernas. Qué sabe de mí la señora deslumbrada por la adopción. No importa nada para sentirnos plácidos. Nada vale la pena, ni siquiera

la suavidad de la nieve donde se va a estrellar un recuerdo. No había espacio para el miedo. El mal es de tiempo en Bogotá.

Interconexión en Cali y todo es tan presuroso que a las tres de la tarde ya estoy en Bogotá. Llamo a mis jefes: ¡Gracias a Dios ya está en Colombia!

QUINCE

Empecé a lavar mis pasos, debía tener pulcritud para el momento de escupir en la cara a los dueños de la guerra.

Las manos de mi madre estiran mi pierna izquierda, que todavía vive. Un cinturón me amarra a la cama que corre por los pasillos. Una cinta envuelve mi cabeza y en mis brazos han instalado cables por donde entran gotas de vida. Un monitor y los hombres de blanco hablan en voz baja. Sí, puedo ver los huesos de mi cerebro y reconozco el caminado del ciempatas. Está vivo, lo conservaré por siempre. Alguien afuera especula, otros dicen de los santos óleos. Los médicos se reproducen. Mi madre toma cada una de sus pecas y las pega a mi humanidad. Voy en ese sueño verdadero que siempre quise tener. La pintura cae sobre mi rostro y es la misma mano abierta sobre pared que golpea y rompe mi nariz. Una enfermera corre y dice de los patios con sangre, tendrán que proteger a los niños. Madre y yo corremos, no estamos en los inventarios por salvar. Nos apretamos. Madre y yo, ahora, un solo cuerpo. Una sola razón en la precisión del olvido. La tierra inundada de sangre. En la delicada línea del holocausto hacen fila las mujeres bailadas. Madre y yo entre la maleza. Madre y yo en la señal de la cruz y sin nombre propio.

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de marzo del 2014.
Fue compuesto en tipos Garamond
e impreso en papel bond beige de 70 gramos.